EDUARDO FREI MONTALVA
(1911-1982)

CRISTIAN GAZMURI,
PATRICIA ARANCIBIA Y ALVARO GONGORA

cfe

EDUARDO FREI MONTALVA
(1911-1982)

La figura

Eduardo Frei Montalva, quien gobernara Chile entre 1964 y 1970, es una de las figuras políticas más relevantes de mediados del siglo XX de su país. Personalidad prominente, fue vastamente admirado y también combatido con furia desde la izquierda y derecha. Tuvo el destino de los hombres de centro cuya cordura no es comprendida en épocas de polarización, tal como fue la que vivió Chile en los años mencionados. La muerte lo sorprendió en un momento de frustración y sufrimiento. Su obra como estadista, más todavía, la propia democracia, había sido primero cuestionada y atacada fuertemente por el régimen de la Unidad Popular y, después, demolida por la dictadura militar. El mismo fue criticado con dureza en lo personal, sin poder responder adecuadamente, al menos después del golpe militar del 11 de septiembre de 1973.

Frei reunió cualidades y condiciones que explican su prestigio e importancia como figura histórica. Líder carismático, gran orador, intelectual, periodista, político de acrisolada honradez, demócrata y sin duda un estadista con amplia visión de futuro, fue además hombre de familia. Se le acusó de calculador, de ser débil en ocasiones, e incluso, por parte de la derecha, de ser un demagogo populachero. En tanto la izquierda lo tachaba de ser un tibio reformista, casi un conservador. Lo único que no se puede decir de su persona es que se le ignoró.

Frei escribió mucho durante su vida. Ensayista social, hizo también historiografía y no rehuyó la polémica periodística cuando se vio obligado a entrar en ella, mostrando en esas ocasiones brillo y aguda capacidad para el sarcasmo.

La semblanza biográfica con la que iniciamos el libro no pretende ser un trabajo definitivo sobre la vida del estadista chileno, sino una visión global de su trayectoria humana y política. A continuación de ella, y ordenados por temas relevantes, entregamos al juicio del lector un conjunto de sus discursos y escritos que no sólo permiten conocer su posición ante los problemas de la época sino que, además, contribuyen a trazar el perfil intelectual y humano de Eduardo Frei Montalva.

Niñez y juventud

Eduardo Frei Montalva nació en Santiago de Chile el 16 de enero de 1911. Era hijo de Eduard Frei (o Frey) Schlinz, nacido en Feldkirch, Austria, pero de origen suizo por el padre y alemán por la madre, quien a los 24 años de edad llegó a radicarse en Chile. Su madre fue Victoria Montalva Martínez, descendiente de una antigua familia chilena de nivel social medio. Sus padres se habían conocido en el Cerro Santa Lucía, en Santiago, y casado a los pocos meses. Eduard Frei era luterano pero el matrimonio, respetando la religión de la novia y la cultura del país, se realizó por el rito católico en abril de 1910.

En sus *Memorias* —desgraciadamente inacabadas y que escribiera poco antes de morir— el Presidente Frei nos cuenta: "Nací en Santiago el año 1911, pero en otro mundo. No había en ese tiempo radio, televisión, refrigeradores, ni máquinas lavadoras. Casi no se veían autos y no se conocían los aviones comerciales ni los aeropuertos, de los cuales hoy está sembrada la tierra. Pocos sabían que existiera la energía nuclear y nadie sospechaba que pudieran fabricarse bombas atómicas (...). Las costumbres eran modestas y el tiempo caminaba con pausa. La

gente se contentaba con poco y no se sentían dominados por ambiciones desenfrenadas".

Sin embargo el futuro Presidente de Chile habría de permanecer en la capital muy poco tiempo. Cuando tenía tres años, en 1914, Eduardo Frei partió con sus padres y su hermano menor recién nacido, Arturo, a vivir al pequeño pueblo de Lontué (entonces una aldea próxima a la ciudad de Curicó) unos 200 kilómetros al sur de Santiago, en medio de fértiles campos y con una larga tradición en la producción de vinos. Su padre había sido contratado como contador en una viña (Viña Lontué). Allí vivió en una modesta casa cerca de la vía férrea y estudió en una escuela pública junto a los hijos de los empleados de la viña y niños campesinos. La situación económica de la familia era estrecha.

Al parecer, la experiencia campesina marcó al niño profundamente. De ella le quedaría un amor a la tierra y a la naturaleza en general que nunca le abandonaría. Durante su estadía en Lontué nació su hermana María Irene.

Pocos años después, en 1919, la familia Frei regresó a Santiago. Eduard Frei consiguió ser contratado en la Empresa de los Ferrocarriles del Estado, también en calidad de contador, en tanto su hijo Eduardo era becado e ingresaba, en 1920, como alumno interno en el Seminario de los Santos Angeles Custodios (Conciliar) de Santiago, que entonces funcionaba en un enorme caserón en el sector oriente de la ciudad. Esta fue una época dura para el muchacho provinciano acostumbrado a la vida de hogar y que ahora debió soportar un régimen riguroso que consultaba sólo una salida al mes. Los niños debían levantarse a las 6:00 de la mañana (6:30 en invierno) y estudiar duramente recibiendo una comida abundante pero mala. No fue un buen estudiante, sin embargo, para su fortuna, el año 1922 el Seminario cerró la sección del colegio dedicada a alumnos secundarios seglares y Frei, nuevamente como becario, se transformó, junto con su hermano Arturo, en alumno del Instituto de Humanidades de la Universidad Católica (futuro Luis Campino). El cambio le permitía volver a vivir en la casa de sus padres que estaba muy cerca

de dicho Instituto. Eduardo Frei tenía un gran cariño por su madre y un afecto particular por su hermana menor.

En el nuevo colegio cambió la suerte del joven Eduardo Frei. Recuperando poco a poco la confianza en sí mismo y la alegría, pronto hizo buenos amigos entre los compañeros e incluso sacerdotes y profesores, y así desarrolló sus capacidades. Muy luego destacó en los estudios, deportes y actividades culturales. Su conducta también era buena aunque sus amigos de entonces recuerdan varias barrabasadas en las que participó. Se convirtió en un gran lector, devorando lo que era la literatura juvenil de una época en la que todavía los adolescentes, que apenas conocieron la radio y en absoluto la televisión, leían mucho: devoró a Salgari, Verne, Dumas, Walter Scott y ya más crecido, a Pérez Galdós, Romain Rolland, Dostoieswsky, Tolstoy. En su último año de colegio llegaría a leer por completo y detenidamente *La decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler, una compleja obra, entonces en boga y considerada fundamental, aunque es posible que no la haya entendido íntegramente. Recuerda en su *Memorias:* "Qué agradable es, en el silencio de la noche, encontrarse con alguien que nos ha entregado una obra de arte en el discurrir y en el escribir. Aún hoy, a mi edad, no he perdido esa sensación de mi primera juventud. Cuando tomo un libro nuevo y lo abro, lo hago con una especie de recóndito placer como el de quien inicia una aventura, siento que voy a entrar en un mundo desconocido".

De firme formación católica, su vida adolescente transcurrió como la de tantos jóvenes de clase media chilenos de la época. Paseos, largas conversaciones con amigos, cine (el "biógrafo" de entonces) y más de algún amor platónico con muchachas con las que se intercambiaban miradas y poco más.

El aspecto físico del joven Eduardo Frei denunciaba su origen teutón: un muchacho alto y flaco, narigón, de pies grandes, generalmente vestido con un traje delgado incluso en pleno invierno —posiblemente el único que tenía— las manos en los bolsillos y una bufanda de lana como único abrigo.

Su hogar continuaba siendo pobre. Debían arrendar una pieza para ayudarse económicamente y aún así las habilidades

domésticas de la señora Victoria debían extremarse para evitar gastos. Tampoco la relación familiar del joven con su padre, que tenía pésimo genio, parece haber sido buena. Sin embargo a pesar de su modestia, llevada siempre con dignidad, la familia mantenía relación estrecha con varios sacerdotes de alto rango en la jerarquía eclesiástica.

En el año 1927 cuando tenía dieciséis años y cursaba el sexto de humanidades (el ciclo secundario en el sistema educacional de la época) su amigo Alfredo Ruiz-Tagle, de aristocrática familia, lo invitó a su casa, muy cercana al colegio. Allí conocería a su hermana menor, Maruja, una niña de 14 años morena y vivaracha, con carácter, aunque algo tímida. Ella sería su futura esposa. Al parecer, el joven quedó flechado desde el primer momento, lo que no fue el caso inverso. Maruja lo encontró demasiado serio y poco sociable. Sin embargo, poco a poco fue conociendo sus cualidades y dos años más tarde, en 1929, se estableció una relación de carácter formal que duraría seis años y terminaría en matrimonio.

Al egresar del colegio Eduardo Frei era uno de los mejores alumnos de su curso y sus deseos —así como los de su padre— eran estudiar medicina. Sin embargo, Eduard Frei había enfermado y eso decidió al hijo a seguir la carrera de derecho, con clases sólo en las mañanas, lo que le permitía trabajar como profesor de Castellano y de Historia y Geografía en su ex colegio y así ayudar económicamente en su casa.

En 1928 ingresó a la Escuela de Derecho de la Universidad Católica, mostrándose como estudiante acucioso en un curso que ha pasado a la historia por la cantidad de figuras connotadas que lo integraron. En la universidad tendría como compañeros o conocería a muchos de los jóvenes que después lo acompañarían en su carrera pública: Bernardo Leighton, Rafael Agustín Gumucio, así como Manuel Antonio Garretón e Ignacio Palma, que eran alumnos de la Universidad de Chile, y después, Radomiro Tomic, algo menor. Pero pronto se dio cuenta que su vocación no iba por el ejercicio de la abogacía.

Eduardo Frei ingresaba a la universidad en un momento en que el clima político prevaleciente en Chile era extraordinariamente

agitado. Los problemas que se incubaron en los años de la oligarquía parlamentaria (1891-1920) terminaron por hacer eclosión en el curso de la década, al ser amenazada la hegemonía oligárquica por el gobierno de Arturo Alessandri (1920-1924), el primer Presidente originario de las capas medias en la historia de Chile, y posteriormente por la dictadura del general Carlos Ibáñez (1927-1931).

Aunque la crisis era estructural y abarcaba varios aspectos, aparecía en su dimensión política contingente como un efecto de la incapacidad de la oligarquía parlamentaria para abrirle un espacio de participación a la pujante clase media. Tampoco los sectores hegemónicos supieron enfrentar con sabiduría política la llamada "cuestión social", producto de la emergencia de un proletariado urbano, salitrero y minero que vivía en la miseria y cuyas demandas reivindicativas se limitaron a reprimir con dureza. Al mismo tiempo no comprendieron los problemas del mundo campesino, todavía demográficamente mayoritario, ni fueron capaces de diseñar un programa de crecimiento sustentable del país a partir de la riqueza salitrera.

Las fuerzas que lucharon por el cambio y que llevaron al fin de la República Parlamentaria eran en su mayor parte de clase media y respondían a doctrinas ligadas al racionalismo, laicismo y al socialismo de Estado. Su primer gran caudillo fue Arturo Alessandri Palma, el nieto de un inmigrante italiano de condición modesta que se enriqueció en Chile. Hasta 1915 había sido parte de la clientela política de un caudillo oligarca, Fernando Lazcano. Varias veces elegido diputado, era también una abogado de prestigio. Sin embargo ese año, probablemente como culminación de una prolongada evolución interior y atento al signo de los tiempos, Alessandri decidió romper sus vínculos con el sector dirigente, se transformó en una figura progresista y en 1920 fue elegido Presidente de la República en una difícil elección. La élite social gobernante se jugó contra él, no sólo en las urnas mediante el cohecho (Alessandri también lo hizo, pero en menor grado), sino también en una serie de maniobras poselectorales tendientes a desconocer su triunfo el que finalmente debieron aceptar.

En la presidencia Alessandri encontró dificultades para gobernar. La oligarquía, y en particular el Partido Conservador, seguían controlando el Senado y los proyectos de ley con reformas sociales y políticas enviados por Alessandri al Parlamento eran obstaculizados allí con mecanismos dilatorios y argucias reglamentarias.

Como consecuencia del impasse, durante los mismos años en que el niño Eduardo Frei sufría como alumno del Seminario y finalmente entraba a estudiar al Instituto de Humanidades, la tensión social y política crecía en el país.

La crisis estallaría en septiembre de 1924 en la forma de un golpe de Estado. Los rangos medios de la oficialidad del Ejército interrumpieron, con el ruido de sus sables, una sesión del Congreso en demanda de la aprobación de algunas leyes que los favorecían en su escalafón y sueldos y, en general, de toda la legislación social pendiente.

El líder de los oficiales amotinados era el entonces mayor Carlos Ibáñez del Campo, quien, al igual que Alessandri había nacido entre la clase media acomodada de provincia. Ambos eran hijos de agricultores de la zona de Linares. Ibáñez, viudo y acercándose a la madurez, no había manifestado hasta entonces inquietudes políticas, pero en las nuevas circunstancias mostró perseverancia y ambición. Las leyes sociales se aprobaron "en paquete" pocos días después del ruido de sables.

Ibáñez y Alessandri —quien ante la ruptura constitucional debió dejar temporalmente el poder para recuperarlo en gloria en 1925— actuaron de acuerdo hasta fines de ese año. Fruto de esa colaboración fue la Constitución presidencialista de 1925, bajo cuyo imperio se desarrollaría la carrera política de Eduardo Frei.

En su *Historia de los partidos políticos*, escrita a fines de la década de 1940, Frei, aunque señala que se reemplazaba el parlamentarismo por un "...régimen presidencial de desmesurada concentración de poderes e influencia", agrega, aprobando el cambio que "...analizadas ventajas y defectos, nos parece indudable, sin embargo, que es preferible en líneas generales el régimen presidencial al parlamentarismo". Muchos años después,

siendo él Presidente de la República se mostraría aún más favorable al fortalecimiento del Ejecutivo.

Otro aspecto importante en la futura carrera política de Eduardo Frei fue la separación de la Iglesia y el Estado establecida en la Constitución Política de 1925. Durante su permanencia como exilado en Europa, en 1924, Alessandri había tomado contacto con la Santa Sede y logrado —a través de la mediación del Cardenal Gasparri— la aceptación de ésta a tal separación, preparando de este modo el establecimiento posterior de una medida a la que se oponía la Iglesia chilena. Más tarde, y aún después de producida la separación con la prudente aceptación del Arzobispo de Santiago, monseñor Crescente Errázuriz, los obispos chilenos seguían lamentando el hecho al expresar, en una carta pastoral, que la Iglesia Católica "...única verdadera, no ha de hallar aquí una palabra que la distinga de las sectas religiosas falsas".

Aunque en la época, con catorce años, Frei no pudo tener opinión frente al problema, en la recién mencionada *Historia de los partidos políticos*, escrita cuando todavía quedaban muchos católicos que la rechazaban, Frei se mostró de acuerdo con la nueva realidad: "De una manera tranquila y digna se zanjó un problema cuya solución pudo acarrear trastornos y se eliminó de la lucha partidista un motivo que sólo podía perturbar la paz pública y el prestigio de la Iglesia". Con la separación entre Iglesia y Estado se debilitaba la relación entre la institución eclesiástica y el Partido Conservador, abriéndose para los católicos la posibilidad de militar en diversas tiendas políticas.

Pero el acuerdo entre el caudillo civil y el militar no duraría. Con motivo de las próximas elecciones presidenciales, a las que Ibáñez quería presentarse como candidato, siendo oficial en servicio activo y ministro de Estado en la cartera de Guerra (Defensa), vino la ruptura. Alessandri exigió la renuncia de Ibáñez, éste se negó y el Presidente hubo de dejar el mando por segunda vez.

El primer Presidente de la República elegido en los términos de la Carta de 1925 fue Emiliano Figueroa Larraín, una figura conciliadora de poco carácter. No era el hombre fuerte que los

tiempos requerían. Este continuó siendo el ahora coronel Ibáñez, quien se mantuvo como ministro y decidido a hacer uso de su poder. Lo hizo y ello condujo ahora a la renuncia de Figueroa quien —con razón— se sintió pasado a llevar, luego de un bullado escándalo que terminó con la destitución del Presidente de la Corte Suprema de Justicia, que era su hermano.

Se convocó a nuevas elecciones presidenciales para mayo de 1927. Pero ahora Ibáñez dejó en claro que el elegido sería él. Por lo demás, en la época gozaba de un considerable apoyo popular. Su único adversario electoral fue el comunista Elías Lafferte quien obtuvo un porcentaje mínimo de votos.

Ibáñez gobernó dictatorialmente. Sus principales víctimas fueron al comienzo algunos dirigentes de los partidos políticos tradicionales, quienes desde 1926 venían mostrando aprensiones sobre las intenciones autoritarias, cada vez más desembozadas, de Ibáñez. La familia Alessandri fue uno de sus blancos principales. El ex Presidente fue expulsado del país el 23 de octubre de 1927. Después fueron apresados, relegados a la Isla de Pascua o expulsados del país, sus hijos y una serie de políticos, periodistas y figuras públicas. No obstante —como suele ocurrir en las dictaduras militares latinoamericanas— la represión fue más dura entre la gente pobre y sus organizaciones políticas, en especial el Partido Comunista y el mundo sindical.

Sin embargo, pese a su no disimulado autoritarismo represivo, fuese por temor, por hastío de muchos con el mundo político partidista que tantas miserias había mostrado en los últimos años, o porque —recordemos la época— había numerosas personas que creían en la capacidad gestora de los estadistas autoritarios, la dictadura de Ibáñez tuvo, al menos al principio, bastante apoyo y escasa oposición.

Ibáñez mostró bastante dinamismo y eficacia como gobernante, llevando adelante numerosas iniciativas administrativas y sociales beneficiosas para el país. Notable fue su contribución al inicio de la industrialización de Chile, ya sea a través del rol del Estado como empresario directo o mediante la adopción de políticas como la de sustitución de importaciones, para favorecer la

cual se elevaron las tarifas aduaneras que gravaban las manufacturas extranjeras. También es digno de destacar su plan de obras públicas, el más importante desde la época de Balmaceda.

El gobierno de Ibáñez supo aprovechar el auge económico mundial de la segunda mitad de la década de los veinte. La abundancia de préstamos internacionales obtenidos por el Estado y por particulares durante su administración así lo demuestra. Sin embargo, como se verá, esta situación tendría un final abrupto.

No es exagerado el afirmar que Ibáñez hizo en lo administrativo y económico, en un comienzo con bastante éxito, lo que Alessandri había hecho en lo político y social: cambios en favor de los sectores medios afirmando el rol del Estado como factor clave del quehacer nacional y del desarrollo económico.

La caída de Ibáñez se produciría finalmente a raíz de la crisis mundial de 1929 que acabó con su política económica y precipitó el descontento ciudadano que se había venido acumulando durante los años de gobierno autoritario. Pero ese es tema que trataremos más adelante.

Si bien los sectores mayoritarios de la Iglesia Católica, estrechamente vinculados al Partido Conservador, fueron contrarios al proceso de cambios experimentados por el país en el período 1920-1931, prefiriendo el autoritarismo de Ibáñez al populismo de Alessandri, hubo sectores minoritarios de la Iglesia que apoyaron dichos cambios. A partir de la primera década del siglo XX se asistía al desarrollo de un catolicismo renovado, con especial énfasis en lo social, el que fue perseguido al principio por la propia jerarquía católica y el Partido Conservador. La prédica y acción inicial en las décadas de 1910 y 1920 de los sacerdotes Fernando Vives Solar, Guillermo Viviani y Jorge Fernández Pradel, a lo que se agregaba la obra de católicos seglares como los hermanos Concha Subercaseaux, fue continuada en la década de los treinta por Oscar Larson, Francisco Vives Estévez y otros, quienes abrieron un surco donde fructificó con vigor la semilla por ellos sembrada. En esta nueva línea, toda una generación de jóvenes católicos, siguiendo distintas rutas, buscaron dar nueva vida y expresión práctica a su fe cristiana. Si bien el movimiento

se preocupó de cuestiones estrictamente ligadas con la fe y el dogma, también enfrentó con entusiasmo la "cuestión social". Su primera organización, todavía muy aislada, fue el grupo Germen, fundado en 1920, con la asistencia del padre Viviani, en el que militaron futuros dirigentes sociales como Clotario Blest. Pero en los años siguientes la nueva tendencia social del catolicismo chileno se fue consolidando.

Eduardo Frei tuvo participación relevante en esa generación de jóvenes católicos, algunos de alta categoría intelectual, moral y humana. Los ya mencionados Bernardo Leighton, Manuel Antonio Garretón, Ignacio Palma, Radomiro Tomic, pero además Jaime Eyzaguirre, Francisco Sánchez, Julio Philippi, Alejandro Silva Bascuñán, Julio Santa María, Mario Góngora, así como los jóvenes (o entonces futuros) sacerdotes Alberto Hurtado y Manuel Larraín fueron algunas de las figuras más brillantes de esa juventud que, en las décadas del veinte y del treinta, renovaría el mundo católico chileno.

La Universidad Católica a la que entraba Frei estaba recibiendo a la mayor parte de esta nueva generación. Algunos de estos estudiantes católicos se reunían con el sacerdote Jorge Fernández Pradel en las llamadas Reuniones de los Lunes en las que se analizaban libros de reciente aparición sobre temas sociales, económicos y religiosos. No hay evidencia de que el joven Frei hubiera participado en dichas reuniones, pero sin duda supo del espíritu que las animaba. Después, en 1929, sí ingresaría a la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), que había elegido como asesor al padre Oscar Larson el año anterior. Larson, joven y dinámico, fue una figura determinante en la formación del joven Frei, así como de todo el grupo que compartía sus inquietudes. Con su apoyo, el estudiante de derecho desarrolló una intensa actividad. Fue así que con motivo del Congreso Eucarístico Nacional que se realizó en la ciudad de Valdivia el año 1929, reunido con algunos amigos y compañeros decidieron extender su organización hasta darle una cobertura nacional. Eduardo Frei, encargado de la Secretaría de Provincias de la ANEC, a los 19 años, con pasaje de tercera clase en ferrocarril y alojándose

donde podía, recorrió parte de la zona sur de Chile organizando núcleos de jóvenes católicos, la mayoría de clase media.

Durante ese viaje dictó sus primeras conferencias. Estas charlas reflejaban las nuevas lecturas que comenzó a hacer desde su ingreso a las aulas universitarias: el pensamiento social de la Iglesia y de escritores católicos franceses, entre ellos León Bloy y Charles Péguy.

De retorno en Santiago, junto con Bernardo Leighton y Manuel Antonio Garretón decidieron —con el beneplácito del padre Larson— dar otra fisonomía a la ANEC, que hasta entonces había tenido mucho de club social, y adscribirla a las nuevas ideas del social cristianismo. Lo consiguieron fundando o renovando diversas salas de su antiguo edificio donde se dictaban conferencias o funcionaban academias preocupadas de temas religiosos, sociales o de cultura general. Después, en 1932, cuando cursaba quinto año de sus estudios de derecho, Frei sería designado presidente de la Asociación. Al año siguiente lo sería de toda la Juventud de la Acción Católica chilena. Manuel Antonio Garretón lo reemplazaría a la cabeza de la ANEC.

Una tercera instancia que serviría de punto de reunión para los jóvenes estudiantes fue la recientemente formada Acción Católica, fundada en 1928 por el Papa Pío XI como arma para combatir el comunismo, pero también con el espíritu de fomentar la solidaridad social entre los católicos. La rama juvenil de la Acción Católica chilena en un comienzo tuvo algunas diferencias con la ANEC al toparse sus espacios de acción, pero este problema fue resuelto al transformarse ésta en una rama de la Acción Católica. Sin embargo la Acción Católica no mantuvo el carácter monolítico de la ANEC. Pronto un grupo de jóvenes, capitaneados por Jaime Eyzaguirre y Julio Philippi, objetó la naciente inquietud por el quehacer político que despuntaba entre los integrantes de la ANEC y que se manifestaría después de la caída del general Ibáñez. De allí nacería una ruptura que después se haría insalvable.

En el año 1929 y siguientes, junto con sus compañeros y amigos, Frei profundizó el estudio y la práctica de la doctrina social de la Iglesia, la que había recibido el espaldarazo del Vaticano en

1931 al publicarse la encíclica *Quadragésimo Anno* que causó entre ellos verdadera conmoción. Finalmente llegaron a rechazar la idea de que el clero debía actuar de consuno con un partido político, y menos todavía con el Partido Conservador tal como era en ese entonces, un adalid de la tradición, opuesto a todo cambio profundo en esa sociedad chilena de grandes desigualdades. En 1930 fundaron la Revista de Estudiantes Católicos (*REC*) donde todos escribían y que llegaría a ser muy leída en el medio. El primer artículo de Eduardo Frei, sobre Ventura Blanco Viel, apareció en su Nº 2, que vio la luz en el mes de abril. Al año siguiente *REC* publicaría la encíclica *Rerum Novarum,* que en Chile sólo se había publicado por primera y única vez en 1891, sin que posteriormente los conservadores hubieran promovido iniciativa alguna basada en sus enunciados. También en 1931, Frei y sus compañeros de la ANEC, a la cual se habían integrado estudiantes de la Universidad de Chile, organizaron las primeras Semanas Sociales.

En 1932, como si fueran pocas las ya existentes, una cuarta organización insufló aún más vigor al entusiasmo de la juventud universitaria católica. Se trató de la Liga Social, cuyo nombre indica cuáles eran sus inquietudes iniciales, formada en torno a la figura, ya anciana, del padre Vives Solar, quien había retornado a Chile después de una larga estadía en el extranjero, donde la Compañía de Jesús, a la que pertenecía, le había destinado.

A la Liga Social, de clara posición anticapitalista y antiliberal, en un principio se le vio como un apoyo a la organización que dirigía el padre Larson, pero rápidamente pasó a ser controlada por el sector de Eyzaguirre, Philippi, Clarence Finlayson, Alfredo Bowen y Rafael Gandolfo que —como vimos— se oponía a cualquier actividad política, como la que ya desarrollaba el grupo de la ANEC y que concluiría con el ingreso de sus dirigentes y numerosos integrantes en el Partido Conservador. En estos cambios de posición política de la Liga Social, Frei —que ese mismo año enfermó gravemente— no tuvo participación alguna. Después de la muerte del padre Vives, ocurrida en 1935, dicha organización desapareció y el grupo dirigido por Eyzaguirre y Philippi se volcó

hacia problemas de carácter principalmente filosófico y teológico, abocándose algunos de sus miembros al estudio del milenarismo. Su órgano de expresión fue la revista *Estudios*.

No era fácil la senda que había emprendido Eduardo Frei. La Escuela de Derecho de la Universidad Católica, así como la dirección superior de esta casa de estudios, era profundamente tradicionalista en su pensamiento religioso y muy ligada a los círculos de derecha en lo político. Sin embargo, el joven nunca dejó de contar con la simpatía de las máximas autoridades de la universidad y en particular del rector, monseñor Carlos Casanueva, quien si bien era conservador como el que más y le gustaba controlar absolutamente "su universidad", sabía reconocer la buena madera en un muchacho y dejó —aunque a veces a regañadientes— que la nueva generación fuera buscando su rumbo. Frei también se acercó mucho al pro rector Francisco Vives Estévez, un sacerdote inteligente y que era un simpatizante más o menos oculto de las ideas renovadoras.

Fue así que, no obstante su afiliación a grupos de estudio y acción social cristianos y en particular a la ANEC, hasta 1930 Eduardo Frei continuaba muy ligado a la rectoría de la Universidad Católica. Pero ahora tomó una posición más rebelde que pronto quedaría en evidencia en su apoyo a la rebelión juvenil contra Ibáñez.

El año 1931 sería decisivo en su cambio. Cuando Frei era secretario provincial de la ANEC, un severo desafío se presentó a la juventud católica. Como se ha visto, Chile vivía la dictadura de Ibáñez, la que pese a significativos logros en el campo económico y social tenía todas las lacras de ese tipo de régimen. La crisis mundial de 1929 que el año siguiente golpeó a Chile ferozmente había terminado por debilitar al dictador. Entre los sectores que primero se movilizaron en su contra —siguiendo el ejemplo boliviano del año anterior— estuvieron los estudiantes de la Universidad de Chile, entre los que destacaba Julio Barrenechea. Rápidamente solicitaron la solidaridad de sus compañeros de la Católica. Esto era algo inédito y en la beata institución hubo asombro, pero Bernardo Leighton, presidente ese

año del Centro de Estudiantes de Derecho, decidió apoyarlos. Contra la opinión del rector Casanueva se declaró la huelga y Leighton en el Salón de Honor de la Universidad de Chile declaró la "guerra sin cuartel contra el dictador". Frei participaba de las mismas intenciones y en su momento recibió a Barrenechea y a toda la directiva de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH) en el local de la ANEC.

La intervención que le cupo en el derrocamiento de Ibáñez en 1931 fue la primera actuación política de Eduardo Frei. Junto con sus amigos apoyaría pocos meses después —como independiente— la candidatura de Juan Esteban Montero, quien fue elegido Presidente de la República en diciembre de ese año y gobernaría por un breve período. Pero la decisión de ingresar formalmente en el mundo de la política la tomaría dos años después, a su retorno de Europa.

Periodista y abogado. Viaje a Europa

Los años de estudiante universitario, aunque apasionantes, fueron duros para Frei. En forma paralela a sus deberes como estudiante, desarrollaba un intenso trabajo en la ANEC, a partir de las seis de la tarde. En 1929, y ante la necesidad de aumentar los ingresos familiares, se vio obligado a incrementar su ya pesada carga docente en su ex colegio, llegando a hacer 24 horas de clase a la semana. Al año siguiente, además de todas las actividades ya mencionadas, entró a trabajar al estudio jurídico de José Ramón Gutiérrez, uno de los más prestigiosos de Santiago.

Terminó por enfermar. Una grave dolencia al pulmón lo tuvo en cama desde diciembre de 1931 hasta marzo de 1932. Las cicatrices aparecerían incluso en las radiografías que le tomaron poco antes de morir en 1982.

Con todo, ese mismo año Eduardo Frei terminó sus estudios universitarios. Al egresar recibió, por acuerdo unánime del Consejo Superior de la Universidad Católica, el Gran Premio de Honor que se otorgaba, sólo excepcionalmente, a alumnos destacados en

sus estudios y de actuación universitaria ejemplar. Como ya se ha dicho, Frei no fue el único alumno excepcional en el curso de no más de cincuenta al que perteneció. En sus *Memorias* recuerda que "...en un momento (entre los ex compañeros) podíamos contar cuatro senadores, al menos once diputados, más de diez profesores universitarios, varios miembros del Poder Judicial y otros que sin ocupar altos cargos se han distinguido como abogados brillantes". Nosotros podemos agregar que uno sería además Presidente de la Corte Suprema y otro Presidente de la República.

En 1932 Frei se inició también como periodista en *El Diario Ilustrado*. Asimismo colaboraba ocasionalmente en *El Mercurio* y en la revista *REC*.

Al comienzo del año siguiente tuvo unas interesantes vacaciones en Antofagasta junto con Manuel Antonio Garretón, Julio Santa María y el padre Larson, las que le permitieron un primer conocimiento del norte y el desierto. Durante éstas conoció a su futuro Ministro del Interior Edmundo Pérez Zujovic. A su regreso concluía su tesis sobre "El régimen de salariado y su posible abolición", que fue aprobada con distinción y, una vez rendido su examen de grado, el 27 de octubre, obtuvo su título de abogado. En la tesis Frei sostenía: "...el régimen del salario significa una cosa que es imposible de aceptar como definitiva: la separación del capital y del trabajo (...) sin que se opere esta reunión en el fondo todo sera inútil (...) el trabajo y el capital serán enemigos y no podrá establecerse un régimen de cooperación que es lo humano, lo justo y lo que traerá consigo la paz social". En su opinión la copropiedad traería la codirección de las unidades productivas al convertirse los trabajadores en accionistas. Su tesis de grado denota la influencia de las encíclicas sociales y también de las ideas del cooperativismo e incluso de las tesis corporativas. Al parecer, el modelo del joven Frei había sido el programa social del Partido Popular Italiano de Dom Luigi Sturzo, a pesar de que por esa época ya estaba aplastado por el fascismo.

Pero el convertirse en abogado no fue el único acontecimiento fundamental en la vida de Eduardo Frei ese año 1933. Pudo

hacer realidad lo que hasta entonces había sido un sueño: visitar Europa. Para un joven chileno de las características de Frei, el viejo continente era en esa época "algo lejano y casi misterioso", aunque casi todo lo que había leído y leía en novelas y ensayos había ocurrido o se refería a la realidad europea. Viajar largas distancias en los años treinta era algo relativamente raro y para una persona con los intereses de Frei conocer la cuna de la civilización occidental fue una fantástica aventura y la oportunidad de enriquecerse enormemente en lo cultural.

A comienzos de noviembre, en su calidad de presidente de la Juventud Católica de Chile, partió a Roma como integrante de la delegación chilena al Congreso Iberoamericano de la Juventud Católica. Lo acompañaban Manuel Antonio Garretón, como presidente de la ANEC y el padre Oscar Larson, en su calidad de asesor de la Juventud Católica de Chile y de la propia ANEC.

En tren llegaron hasta Buenos Aires, entonces la gran metrópoli de América del Sur, ciudad donde permanecieron una semana y que los deslumbró. Allí tomaron el barco "Neptunia" en dirección a Nápoles. El viaje —con escala en Montevideo, Santos, Río de Janeiro y Bahía— duró cerca de un mes y, ya en la península italiana, el primer contacto con su vieja civilización fue aún más impresionante. Arribaron a Roma dos días antes de la canonización de Santa Bernardita Soubirous y la ceremonia —multitudinaria, en un Vaticano resplandeciente de luces y a la cual los jóvenes asistieron de rigurosa etiqueta, invitados por el embajador de Chile ante la Santa Sede— los dejó sin habla.

El Congreso, que se inició a los pocos días, constituyó un éxito. Frei fue elegido secretario general y en sus sesiones conocería a muchos de los jóvenes más brillantes de la América Latina de entonces, entre otros, al futuro Presidente de Venezuela, Rafael Caldera. Los debates, que se alternaban con conferencias dictadas por intelectuales católicos, ilustraron a los participantes acerca de los problemas existentes en España y en el continente hispanoamericano y de sus posibles soluciones. También conocieron Roma arqueológica, fueron recibidos por el Papa Pío XI, al que vieron en dos ocasiones más y recibieron una impresión en

vivo del fascismo, entonces en su teatral apogeo. Frei conoció además a Giovanni Papini a quien había leído con admiración en Chile. La entrevista fue motivo de un artículo aparecido en el diario *El Mercurio* en junio de 1934. Vio también a Mussolini en el Parlamento e hizo un prolijo estudio de su figura y fisonomía. Algunos breves viajes a Milán, Asís y Florencia enriquecieron su conocimiento del país. Permaneció un mes y medio en Italia desarrollando una actividad frenética.

Al término de la estadía en Roma los jóvenes chilenos iniciaron un recorrido por Europa. Frei pasó en primer lugar a Francia, país que vivía una crisis política que parecía permanente. Chocaban grupos fascistas con sectores de izquierda socialista y comunista, en tanto que el centro moderado parecía impotente. Frei se interesó por ese panorama, pero mucho más por las charlas que fue a escuchar a Jacques Maritain en el Instituto Católico de Francia. Logró conversar con él personalmente y desde entonces le tomó mayor admiración, hasta el punto que Maritain se convertiría, andando el tiempo, en su gran maestro y el filósofo casi oficial del catolicismo renovado y progresista chileno.

Con Garretón, de quien se había separado por unos días, visitaron Bélgica donde asistieron a la coronación del rey Leopoldo y estudiaron las organizaciones sociales y juveniles.

Otra vez solo, Frei siguió su viaje por Alemania donde Hitler había llegado al poder el año anterior. Viajó por el Rhin y conoció sus antiguas y hermosas ciudades todavía no destruidas por la Segunda Guerra Mundial. En la Alemania Nazi supo lo que era el totalitarismo, incluso asistió a desfiles en compañía de jóvenes católicos obligados a ir y que lloraban.

En un artículo que enviara a *El Diario Ilustrado* relató su impresión sobre el nazismo y afirmó estar convencido de que se avecinaba una Segunda Guerra Mundial.

De retorno en Francia, en marzo de 1934, vivió una experiencia conmovedora. Al partir a Europa, Frei había recibido de su madre el encargo de tomar contacto con sus tíos y tías paternos. Durante su estadía en París había intentado —sin éxito— ubicar

a una hermana de su padre, de nombre Herminia, que suponía monja de la Caridad, debiendo limitarse a dejarle un recado a través de la superiora parisiense. A su regreso desde Bélgica lo esperaba una novedad: la tía Herminia —casi por casualidad— se había enterado de su presencia en Francia, y, a petición suya, dos monjas habían estado visitando diariamente el hotel en el que se hospedaba, dejándole allí un telegrama de su propia tía. Ella estaba en un convento en Tours y hasta allí partió el joven Eduardo, llegando a la ciudad con viva curiosidad. Esperaba encontrar a una señora venerable, lo recibió, en cambio, una hermana de la Caridad llena de vitalidad (Frei contaba "era mi papá vestido de monja") que manejaba una camioneta y en todo era muy de este mundo. A pesar de que el francés del joven chileno era rudimentario, el encuentro fue emotivo y terminó, después de algunos días, con la tía regalándole dinero para que se comprara un abrigo con cuello de piel "porque así lo usaban los caballeros de la época". Ignoramos si lo compró.

De Francia, Frei se dirigió en tren y en tercera clase, a España. Al llegar a Madrid se encontró con la sorpresa que su nombre y foto estaban en el diario y que había una delegación de jóvenes católicos que había conocido en Roma, esperándole, pero frente al andén de primera clase. Superado el problema se dedicó a recorrer un Madrid que vivía las convulsiones previas al levantamiento de Asturias y la Guerra Civil. El panorama confrontacional extremo, en el cual los moderados eran tachados de traidores, una vez más impresionó a Frei. Recordando ese ambiente y la guerra en que desembocó, durante el gobierno de Pinochet, comentaría: "...uno se pregunta de dónde surgieron los seres capaces de delatar, torturar y matar sin piedad alguna y que no se podía suponer que existieran, que pasaban al lado nuestro, tal vez sin que ellos mismos supieran lo que llevaban dentro de sí".

En Madrid se entrevistó con Angel Herrera Oria y Gil Robles, dirigente máximo de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) el partido de derecha católica moderada, quien le aconsejó persistir en el estudio "pero no olvidar la política".

También conoció a Gabriela Mistral a quien visitó varias

veces y que se convertiría en su amiga, iniciándose una relación que continuaría de por vida de manera epistolar. Frei quedó admirado por la personalidad e inteligencia de la gran poeta, la que también quedó impresionada con el joven compatriota. El futuro Presidente de Chile contaba que la conversación con la Mistral lo introdujo en la realidad de la América india que, hasta entonces, desconocía casi completamente.

En los días que quedaban de su estadía Frei recorrió algunas ciudades españolas: Toledo, Sevilla, Granada, para terminar en La Coruña, donde debía tomar el barco "Reina del Pacífico" que lo traería de regreso a Chile. La última peseta la gastó el día anterior a su embarque y pudo alimentarse en esas postreras 24 horas en Europa merced a la acogida del cónsul chileno.

En el viaje de retorno conoció La Habana que le pareció "una factoría yanqui"; Panamá, donde quedó impresionado con la vista de la flota norteamericana del Pacífico y, finalmente, Lima.

En mayo de 1934, el joven estaba en Santiago. El viaje le había abierto los ojos al gran mundo. Su idea del país, que por primera vez había visto desde lejos, también había sufrido una gran transformación. Posiblemente comprobó cuan aislado y atrasado estaba, así como la urgente necesidad de un enorme esfuerzo para llevar adelante los cambios sociales por los cuales había venido luchando durante sus años de universidad. Al poco tiempo de llegar continuaba publicando sus artículos en *El Diario Ilustrado*. Su carácter se había plasmado en lo que Radomiro Tomic calificó de "orden, mesura, equilibrio".

Es posible que la nueva perspectiva adquirida en Europa moviera a Eduardo a Frei a ingresar activamente en política partidista. Pero no fue el único motivo. Desde 1933 el Partido Conservador y la jerarquía de la Iglesia Católica venían presionando al grupo de la ANEC para que ingresara a esa colectividad partidaria a lo cual se oponía monseñor Larson, lo que le valió en definitiva ser removido y enviado al Perú. Los dirigentes conservadores, en particular Rafael Luis Gumucio, tenían conciencia de que se trataba de un grupo de excepción. Fue así que, vencidas las últimas dudas sobre su deber como católico, Frei junto con

su grupo de amigos de la ANEC, encabezados por Bernardo Leighton, ingresaron al viejo tronco pelucón. Posiblemente ya tenían la idea de cambiar su fisonomía, pues el Partido Conservador, si bien estaba erigido como representante exclusivo de los católicos en el mundo político chileno, era tradicionalista culturalmente y liberal en su concepción de la economía, posturas que los recién ingresados no aceptaban. Tampoco podía agradarles a los muchachos que el caudal electoral del conservantismo, en buena medida, fuera fruto del cohecho. De esta manera el selecto conjunto de jóvenes que integraban, además de Frei y Leighton, Ignacio Palma, Manuel Antonio Garretón, Mario Góngora y muchos otros, pasó a formar la Juventud Conservadora, pero con distancia crítica. Poco después, en el mes de agosto, comenzarían a publicar el diario *Lircay*.

El mismo año 1934, Eduardo Frei, con sólo 23 años, aceptaba la dirección del diario *El Tarapacá* de Iquique, propiedad del magnate salitrero Osvaldo de Castro, un liberal que, sin embargo, vio en el joven conservador una brillante esperanza para el fortalecimiento de la derecha política en una región difícil. Para Frei significaba un importante desafío. Hasta ese momento se había movido entre una élite universitaria capitalina de jóvenes intelectuales católicos con asesoría de sacerdotes y ahora entraba en la arena periodística y política en una provincia lejana con una tradición de izquierda y que vivía una crisis (la del salitre). En esa región, en los puertos dominaba el Partido Radical, laico y anticatólico y al interior, en la pampa, los trabajadores eran casi todos comunistas. Era un ambiente hostil que no se ocultó ante el joven que llegaba. En el propio diario —que había sido fundado por el radical David Mac Iver— los empleados eran en su mayoría anticatólicos y muy luego comenzaron a correr una serie de rumores acerca del director. Incluso hubo panfletos en su contra. Frei se levantaba tarde, al parecer porque leía hasta la madrugada y quizás estaba algo deprimido, luego comulgaba en misa de doce diariamente. Esta conducta se interpretó como la de un farrero que debía dormir de día como consecuencia de las parrandas nocturnas. Además se le tildó de beato.

Algo debió influir ese ambiente inicialmente hostil en el hecho que en enero de 1935 retornara a Santiago en un breve viaje y cambiara argollas con su "polola" Maruja Ruiz-Tagle. Se casaron el 27 de abril siguiente en la capilla del Instituto de Humanidades. Ofició el sacramento monseñor Carlos Casanueva.

El viaje a Iquique lo hicieron los jóvenes esposos en el vapor "Pudeto". En la ciudad arrendaron una casa cerca de la plaza (Thompson 151) y Frei se dedicó a sus labores periodísticas en *El Tarapacá,* así como —muy impresionado por la realidad social del norte de Chile— a juntar material para el que sería su primer libro. Poco a poco la opinión pública iquiqueña comenzó a reconocer sus méritos. Posiblemente le ayudaron varios amigos, entre ellos Julio Santa María, Pedro Muga y Radomiro Tomic, que era originario de la zona, así como las familias Canessa y Lorca.

En Iquique supo de la muerte de su padre, enfermo de cáncer al estómago desde hacía más de un año, acaecida el día 15 de junio de 1935. Ya esperaba la noticia y ese hecho ha de haber mitigado su pesar.

Entretanto en la capital ocurrían acontecimientos que iban a influir profundamente en la vida del futuro hombre público. En octubre de 1935 los dirigentes de la juventud conservadora, Leighton, Tomic y Manuel Francisco Sánchez, hicieron un viaje por el sur preparando una convención nacional para ese mismo mes de octubre y a la que asistió Frei. Dicha convención se realizó con gran éxito, determinando que desde entonces la juventud pasaría a ser un organismo semiautónomo dentro del partido. Se aprobó además un programa de dieciocho puntos que combinaba motivos corporativistas, social cristianos y nacionalistas, mientras que su compromiso con la democracia imperante era limitado. Se estaban sentando las bases de la futura Falange Nacional, a pesar de que el grupo no tomaría ese nombre oficialmente hasta 1936, cuando Ignacio Palma fue elegido presidente (derrotando a Frei) y quiso dar al grupo una estructura jerarquizada más o menos similar a la de la Falange española. Sin embargo no se trataba del primer grupo social cristiano que se organizaba políticamente. Ya en 1932, después de la caída de

Ibáñez, se había creado el Partido Social Sindicalista (PSS) donde militaron, entre otros, Julio Santa María, Clotario Blest e Ignacio Palma y, en 1934, el Partido Popular Corporativo. Pero estas organizaciones no prosperaron y la mayoría de sus miembros terminarían por incorporarse a la Falange.

Frei regresó a Iquique, por avión, rápidamente. Su hija María Irene nacería en aquella ciudad en marzo de 1936.

Comenzó entonces la mejor etapa de la estadía de Frei en el norte. "No hay una experiencia mejor para un hombre joven que irse a vivir un tiempo a provincia" diría en "De Profundis", una entrevista televisada que fue hecha pública después de su fallecimiento. Frei —siempre sensible a la naturaleza— supo captar la magia del desierto. Más todavía cuando en 1936 comenzó a emprender largas giras políticas a las oficinas salitreras del interior las que eran conocidas como "la pampa roja". En éstas tuvo no pocos problemas frente a auditorios de ideas muy diferentes a las conservadoras y donde la presencia de la Iglesia Católica era en extremo débil, excepto en manifestaciones de piedad popular. Generalmente eran abucheados e insultados por los obreros comunistas y, no pocas veces, apedreados. Recorrió más de 8.000 kilómetros en una destartalada camioneta, en algunas ocasiones acompañado por Pedro Muga.

Pero su labor proselitista fue creando a su alrededor un grupo que compartía su modo de pensar y que después se transformaría en uno de los núcleos más importantes de la Falange. Es así como en marzo de 1937 el Partido Conservador de la zona —que nunca había representado una fuerza considerable— tuvo un sonado éxito en las elecciones parlamentarias. Frei, que fue candidato a diputado, obtuvo la primera mayoría individual, aunque no fue elegido, debido al sistema de cifra repartidora imperante entonces que privilegiaba los votos por lista. En cambio, el candidato conservador al Senado, Miguel Cruchaga, sí resultó electo y su triunfo se debió en buena medida al trabajo de Frei y del jefe de campaña de éste, Radomiro Tomic.

A pesar de la derrota de Frei, las elecciones fueron un éxito para la juventud conservadora agrupada en la Falange. Manuel

Antonio Garretón salió elegido diputado por Santiago. Ya el año anterior Bernardo Leighton había llegado a ser Ministro del Trabajo del Presidente Arturo Alessandri quien, (en su segunda administración), gobernaba con la derecha que finalmente había sumado su apoyo a la institucionalidad de 1925.

Por otra parte, como resultado de la experiencia adquirida durante la campaña sobre la vida del proletariado pampino, el joven periodista terminó de escribir su ensayo social acerca del país y que publicaría con el título de *Chile desconocido*.

Chile Desconocido es un libro al que le falta madurez, ya sea por cierto estilo petulante, ya sea porque en el fondo, más allá de la denuncia lapidaria, no da a conocer Chile sino en algunos datos aislados. Tampoco plantea soluciones muy originales. Las fórmulas que entrega contienen una mezcla de elementos doctrinarios diversos no siempre concordantes. Muy influido por Francisco Antonio Encina y Alberto Edwards contiene, además, mucha información dudosa o errada. Pero revela lecturas, largas reflexiones, trabajo y una alta autoimagen. Contiene recetas para todo, algunas de gran agudeza. Su posición política se revela como profundamente antiliberal. Para provenir de un joven de 26 años es un trabajo encomiable.

Cansado, agotado quizás (las cartas de su madre hacen mención a su extrema delgadez) pero contento, después de las elecciones Eduardo Frei retomó el periodismo. Pero no por mucho tiempo, pues a fines de 1937 regresó a Santiago. Antes ya se había venido su esposa (quien le decía "larguito" en sus cariñosas cartas) en compañía de su hija, permaneciendo en la casa de sus suegros. Con el sueldo ahorrado en el cargo de director del diario, el promisorio político había comprado —al parecer durante 1936— el sitio donde después construiría su casa en calle Hindenburg.

Como director de *El Tarapacá* lo reemplazó Radomiro Tomic.

Crisis del Partido Conservador

Nuevamente en la capital, Eduardo Frei se entregó a diferentes tareas. La primera de ellas fue buscar cómo mantener a su familia, la que iría en constante aumento.

Debió ejercer su profesión de abogado, primero lo hizo en el estudio de José Ramón Gutiérrez —calle Bandera 172— donde ya había estado. Luego, en la década de 1940, en la compañía de seguros Organización Kappes, en la Caja Reaseguradora, así como en un estudio particular que abrió con José Domínguez y Miguel Ramírez. Pero no le gustaba el ejercicio de la profesión y gracias a su gran capacidad de trabajo, durante esos últimos años de la década del treinta y los de comienzos de la del cuarenta pudo, al mismo tiempo, realizar otras actividades. Se desempeñó como periodista en *El Diario Ilustrado* y en *Lircay* y además dictó las cátedras de Derecho del Trabajo en la Escuela de Leyes de la Universidad Católica y de Política Social en la Escuela Elvira Matte de Cruchaga, dependiente de la misma universidad.

A pesar del intenso trabajo, su nivel de vida en un comienzo fue modesto, debiendo vivir en casas arrendadas, primero en la calle Rancagua, donde nació su hija Carmen y después en Antonio Varas, donde nacerían Isabel y su hijo y futuro Presidente, Eduardo. Sin embargo, en los inicios de la década de 1940, gracias a un préstamo de 32 mil pesos obtenido en la Caja Nacional de Empleados Públicos y Periodistas, pudo construir su casa de calle Hindenburg 683 y que conservaría toda la vida. Allí nacerían sus otros tres hijos: Mónica, Jorge y Francisco.

En la mencionada entrevista "De Profundis", Frei confesaba: "...mi vida es mi familia. Mi mujer que me ha acompañado desde antes que yo me recibiera, desde cuando era todavía un estudiante (....). Hemos tenido lo que se llama prácticamente un hogar, y yo nunca sacrifiqué mi hogar a la política. Porque durante las más intensas campañas, estando yo en Santiago, llegaba y comía en mi casa. Me daba tiempo para estar con mi mujer y mis hijos.

Ella logró en mi casa dignidad, tranquilidad, alegría y gran eficiencia. Eso es algo muy importante. (....) mis hijos eran mi alegría y mi orgullo".

Durante estos años Frei también siguió muy activo en política como dirigente de la Falange Nacional e integrante de la Junta Ejecutiva del Partido Conservador.

Pero desde mediados de 1937 se gestaba una crisis entre el Partido Conservador y su juventud agrupada en la Falange. Esta última había convocado, en diciembre de ese año, a una reunión de sus presidentes provinciales para discutir sobre la elección presidencial que debía efectuarse en 1938. Gustavo Ross, Ministro de Hacienda, era el candidato que aparecía con más posibilidades de ser proclamado por los partidos Conservador y Liberal. En verdad, se trataba de una figura con justificada fama de brillo intelectual que había sacado a la economía chilena de la profunda depresión en que cayera como consecuencia de la crisis mundial de 1929 y del fin de la era dorada del salitre. Ross, con medidas audaces y utilizando su experiencia como hombre de negocios, había conseguido un explosivo aumento de las exportaciones, una relativa recuperación de la industria salitrera y había reducido drásticamente la cesantía. Pero era un hombre autoritario y frío, despreocupado de los problemas sociales y, lo que era inaceptable para los jóvenes falangistas, capitalista y pragmático a ultranza, lo que no le impedía por otra parte confesarse admirador de Mussolini.

En esas circunstancias la juventud conservadora demandó a la directiva del partido que se buscara un candidato alternativo entre las siguientes personas: Jorge Matte Gormaz, Máximo Valdés Fontecilla, Guillermo Edwards Matte, Jaime Larraín García-Moreno y Francisco Garcés Gana. Esto le valió la enemistad de Ross que presionó a la directiva del partido para que adoptara con la juventud una actitud firme. Encontró eco y se procedió a acusar al grupo falangista de actitudes independentistas. Ignacio Palma, presidente de la Falange, despachó entonces una circular a los presidentes provinciales del movimiento, que se había ampliado considerablemente —casi explosivamente—

en los dos últimos años, reafirmando la lealtad al Partido Conservador. Sin embargo atacaba duramente a Ross, insistiendo que su postulación sólo serviría para unir a todas las fuerzas de centro y de izquierda en su contra, lo que efectivamente ocurrió. Se formó el Frente Popular que apoyó la candidatura del radical moderado Pedro Aguirre Cerda.

La situación quedó en statu quo hasta abril de 1938 cuando las directivas de los partidos Conservador y Liberal citaron a una convención para designar el candidato a la Presidencia de la República. En esta convención la Falange, que era el sector más dinámico y con mayor empuje de la derecha chilena, recibió una representación mínima. La premeditada ofensa fue motivo de la marginación falangista del evento. Ross fue elegido candidato por abrumadora mayoría.

Ante estos hechos la Falange otorgó a sus militantes libertad de acción para la próxima elección. La directiva del Partido Conservador reaccionó indignada. Dos grupos internos, de reciente formación, hicieron de punta de lanza en su lucha —ya casi abierta— con el grupo falangista: Acción Política y una Juventud Conservadora que agrupaba a muchachos de ideas tradicionales bajo la dirección de Sergio Fernández Larraín y que se había constituido como alternativa a la Falange. Acusaban a ésta de fraternizar con las juventudes de los partidos de la izquierda marxista y cuestionar la existencia de la propiedad privada.

Posiblemente, a pesar de estar en libertad de acción, una mayoría de falangistas votó por Ross, pero éste perdió la elección, aunque estrechamente, ante el abanderado del Frente Popular, en parte como consecuencia de los sucesos del Seguro Obrero. Este episodio había ocurrido pocos meses antes. En el edificio de aquella institución, carabineros habían masacrado a un numeroso grupo de jóvenes nacionalsocialistas que habían intentado un descabellado motín en connivencia con el general Ibáñez que, luego de unos años de exilio, había resucitado en la política chilena. Se acusó al gobierno de Alessandri de haber decretado la matanza y el propio Ibáñez, quien fue detenido, dio a sus partidarios la orden de votar por Aguirre Cerda.

Para la derecha la victoria de Pedro Aguirre fue aún más traumática que la de Alessandri en 1920. Se vivían los días de la Guerra Civil española y se temía que en Chile la coalición triunfadora llevara adelante políticas de un anticlericalismo radical, como las que se habían dado en España en 1936. Este ambiente de miedo catalizó la opinión interna del Partido Conservador en contra de la Falange a la que culpaban de la derrota de Ross. El presidente de los conservadores, Horacio Walker, así lo dio a entender, encontrándose como adversario de su propio sobrino, Manuel Antonio Garretón Walker, que había reemplazado a Palma como presidente de la Falange. Garretón defendió la actitud de la Falange y el 29 de noviembre la Junta Ejecutiva del Partido Conservador decidió la reorganización de la Falange. Garretón la rechazó terminantemente, lo que hizo la ruptura definitiva inevitable.

Frei fue parte del proceso de ruptura y desde *Lircay* y otras tribunas solidarizó públicamente con la directiva falangista. El quiebre con el Partido Conservador tuvo para él un costo político y profesional que terminaría por hacer imposible su permanencia como profesor en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica.

Primeros años de la Falange Nacional

La vida independiente de la Falange Nacional comenzó en circunstancias difíciles que se habían de prolongar por casi veinte años. La derecha —y en particular los conservadores— se convirtieron en sus enemigos implacables y la izquierda continuó mirándolos con recelo y sin tomar en serio su afán de renovación y justicia social. Era un pequeño grupo de jóvenes idealistas y capaces, pero aislado entre dos bloques poderosos, sin recursos suficientes ni medios de expresión para dar a conocer su pensamiento, ni para tener presencia importante en el acontecer político chileno. Peor aún, tratándose de un grupo de católicos observantes y que hacía de la doctrina social de la Iglesia la piedra

angular de su doctrina, buena parte de las autoridades de la Iglesia Católica les eran hostiles y continuaban, por tradición y afinidad, su centenario apoyo al Partido Conservador. Sólo unos pocos clérigos miraban con simpatía a esta juventud renovadora.

La solidez de sus convicciones, un ambiente de camaradería poco común y la vocación pública de sus dirigentes explican que la Falange Nacional haya podido resistir tantos años en una lucha que no parecía conducir a parte alguna, mientras soportaba acusaciones de los conservadores que llegaban a afirmar que los jóvenes falangistas se habían escindido para poder "medrar mejor". Fueron tiempos de sacrificios.

Inicialmente, la Falange Nacional no perdió presencia parlamentaria, ya que en el quiebre con la directiva conservadora la siguieron los diputados Ricardo Boizard, Pablo Larraín, Fernando Durán, Alberto Bahamondes, Manuel José Yrarrázaval y Guillermo Echenique. Pero llegaron las elecciones parlamentarias de 1941 y el panorama cambió. La Falange Nacional las afrontó en una posición orgullosa pero solitaria y a pesar del entusiasmo y un optimismo voluntarista que los resultados demostraron como prematuro, sólo obtuvo el 3,5% de la votación nacional. Los seis diputados que tenía se vieron reducidos a tres. Radomiro Tomic logró en Iquique lo que no había conseguido Frei en 1937 y obtuvo un escaño; Santiago reeligió a Manuel Antonio Garretón, y Valparaíso a Raúl Le Roy. Eduardo Frei fue candidato por Santiago pero resultó derrotado por segunda vez.

Sin embargo la derrota no quebrantó el espíritu de los falangistas ni disminuyó el entusiasmo con que luchaban por su causa.

A fines de 1940 Eduardo Frei había publicado su segundo libro, *La política y el espíritu*, nombre que ya había utilizado en una conferencia dada en 1934 en la Universidad Católica y que fue publicada en *El Diario Ilustrado*. En el nuevo libro, a diferencia del primero, el título sí refleja su contenido. Resulta notable su diferencia con *Chile desconocido*. Se trata de una obra doctrinaria que refleja muy amplias lecturas para un hombre que todavía no cumplía 30 años y hace uso —quizás excesivo— de

largas citas. Como en casi todas sus obras, Frei va utilizando opiniones de grandes autores en función de un análisis que es propio. Tiene partes sin duda muy logradas, como la visión inicial sobre la Edad Media que denota influencia de Berdaieff. Demuestra además conocer bien el marxismo, al que no deja de admirar en cuanto diagnóstico del mundo liberal, pero al que critica acerbamente por haber desvirtuado sus ideales iniciales. Se pronuncia por el corporativismo como solución, pero, tal vez anticipando lo que sería el gran drama doctrinario del Partido Demócrata Cristiano, no logra precisar esa admiración en un proyecto concreto y aplicable en Chile, al menos de modo convincente. Pero es ya la obra de un intelecto sólido y de excepción. Se comprende que Gabriela Mistral afirmara en el prólogo que el libro: "...es de las mejores cosas que a lo largo de los años se haya publicado en el género del ensayo social en América Latina".

Esos primeros años de la Falange, más aún después de su derrota de 1941, fueron de intenso trabajo interno, de formación y estudio, en la convicción de que era fundamental robustecer primero en este aspecto al nuevo movimiento político. Algo hubo también de "volverse hacia adentro" en esa actitud, muy propia por lo demás de los grupos que creen contar con un mensaje trascendente, pero que se sienten incomprendidos. La situación favoreció la cohesión del pequeño partido pero también creó entre sus militantes un fuerte sentido mesiánico, que los habría de perjudicar cuando fueron gobierno en 1964 y que recogía en cierta medida la idea de Péguy en el sentido de que "la revolución será moral o no será".

Eduardo Frei fue elegido presidente de la Falange Nacional ese mismo año 1941, perfilándose ya como su máximo líder. Desde el cargo desempeñó un papel principal en la tarea de consolidación doctrinaria y militante: conferencias, giras, artículos de prensa en el periódico *Lircay* que con sacrificio seguía publicándose. Además, como dirigente, Frei dio prueba de algo que sería una de sus características como hombre público: su gran capacidad organizativa y para formar equipos de trabajo. Durante estos años recorrió varias veces el país

La Falange Nacional cosechó sus primeros éxitos entre la juventud universitaria, ambiente que era el propio y que conocía bien. Tanto en la Universidad Católica como en la Universidad de Chile se lograron éxitos que no se obtenían en otros sectores del país.

El 25 de noviembre del mismo año falleció el Presidente de la República, Pedro Aguirre Cerda y, para elegir al sucesor, se fijó el 1º de febrero de 1942 como fecha para la realización de las elecciones. Dos candidatos se enfrentaron en esta oportunidad: el ex Presidente Carlos Ibáñez, con el apoyo de sus adeptos que nunca le abandonaban y de los partidos Conservador y Liberal, y el radical Juan Antonio Ríos por la coalición de gobierno, que integraban radicales, socialistas y comunistas, un sector significativo del Partido Liberal, encabezado por Arturo Alessandri y la Falange Nacional. Se trataba de una elección en que el factor internacional pesaba fuertemente. La Segunda Guerra Mundial estaba en sus meses decisivos y la candidatura de Ríos aparecía como la defensora de la causa democrática frente al nazismo, con el cual Ibáñez, como vimos en el episodio del Seguro Obrero, había tenido una aproximación. Era este aspecto el que hacía su candidatura más inaceptable para la Falange.

En las elecciones salió victorioso Juan Antonio Ríos que asumió el poder el 2 de abril de 1942, iniciándose así la segunda presidencia radical.

Ese mismo año Eduardo Frei publicó un nuevo libro titulado *Aún es tiempo*. Se trata de una publicación de denuncia, más similar a la línea de *Chile desconocido* que de *La política y el espíritu*. Incluso varios de los temas se repiten. Vgr.: la visión de la historia de Chile tomada de Alberto Edwards, las críticas a la educación escolar tomadas de Francisco Antonio Encina, las series de cifras económicas y sociales lapidarias. En la nueva publicación se preocupaba, sí, más de la coyuntura política y era acentuadamente crítico de la clase media que ascendió al poder con el Partido Radical en 1938, algo extraño desde el momento que la Falange apoyó a Juan Antonio Ríos como candidato a la Presidencia de la República y de quien el propio Frei sería ministro,

como veremos más adelante. Concluye el libro con consideraciones respecto a Estados Unidos y el futuro de Iberoamérica. Se trataba de un ensayo pleno de sugerencias y bien escrito.

La nueva publicación y lo acertado de su gestión a la cabeza de la Falange cimentaron más su prestigio personal. Fue reelegido presidente de su partido en 1942 y lo fue también en 1943 y 1944. Sin embargo la Falange no lograba crecer. En las elecciones parlamentarias de 1945 se repetía el magro resultado de años anteriores. Estaba claro que el mensaje social cristiano, pese a los esfuerzos de los dirigentes y su indudable mística, no prendía en la masa. Una vez más fue en el norte donde se cosechó algún éxito. Iquique reelegía a Tomic y Antofagasta designó a Bernardo Leighton. El tercer diputado lo designó Valparaíso (que se estaba transformando en el segundo bastión falangista) al reelegir a Raúl Le Roy.

Para Frei las elecciones fueron un fracaso personal doloroso pues sufrió una tercera derrota y, en su depresión subsiguiente, llegó a pensar seriamente en abandonar la actividad política.

Frei Ministro de Estado

Sin embargo, poco después de las elecciones parlamentarias, en mayo de 1945, se produjo un cambio de gabinete y el Presidente Ríos solicitó a Eduardo Frei que integrara el nuevo como Ministro de Obras Públicas y Vías de Comunicación.

La posibilidad de ocupar un cargo como secretario de Estado tomó por sorpresa a Frei, que se reponía de su derrota. Sin embargo se entusiasmó rápidamente ante la posibilidad que le abría un ministerio con amplios recursos, donde no sólo era posible hacer un trabajo profesional concreto y útil, recorriendo todo el territorio nacional sino, además, mostrar ante el país cuáles eran sus verdaderas capacidades desde un cargo público. Debió pedir autorización a su partido, férreamente disciplinario en esos aspectos, pero le fue concedida con beneplácito, tomando en cuenta que era un reconocimiento político para la golpeada Falange Nacional

la que, a pesar de haber apoyado a Ríos, no había ocupado ningún ministerio en los seis gabinetes anteriores de su gobierno.

Frei estaba muy contento con el desafío que tenía por delante. Trabajador y organizado, rápidamente tomó las riendas del nuevo cargo. Por lo demás, la prensa recibió su nombramiento positivamente. La prestigiosa revista *Ercilla* lo trató como "una de las figuras más brillantes de su generación" y por primera vez se le caricaturizó como una flor enorme creciendo en un pequeño macetero. Quizá el buen ánimo influyera en que Eduardo Frei comprara por esos meses su primer automóvil. "Antes nos movilizábamos en micro y a pie", confesaba.

El desafío era grande. Si Frei tenía éxito, la Falange y él mismo se fortalecerían políticamente, si fracasaba, el pequeño partido corría el riesgo de desaparecer y la estrella personal de su presidente opacarse quizá definitivamente. Siendo así, el empeño de Frei se concentró en sacar adelante varios grandes proyectos enmarcados en el Plan General de Fomento de la Producción Nacional, que había sido diseñado durante el gobierno de Pedro Aguirre Cerda junto con la creación de la CORFO (Corporación de Fomento de la Producción). Escrupuloso, exigía y se autoexigía, examinaba minuciosamente los asuntos por resolver. Algunos de sus viajes a provincias los realizaba solo. Se dijo en la época que el Presidente Ríos lo consideraba su mejor ministro.

El primer proyecto que abordó fue la terminación de la planta de agua potable de Las Vizcachas, cerca de Santiago, al mismo tiempo que se preocupaba del suministro para Valparaíso y balnearios de la costa central. En la misma zona revisó los trabajos de construcción de las variantes viales de Achupallas y Placilla para mejorar los accesos a Viña del Mar y al puerto. En el mes de diciembre hizo una larga visita a la zona de Concepción donde también revisó diversas obras de mejoramiento de servicios y obras viales en construcción.

Su proyectos principales —y favoritos— tuvieron que ver sin embargo con la construcción de la carretera longitudinal norte, sector Santiago-La Serena, la continuación del Barrio Cívico en Santiago y un plan general de regadío. El comienzo de las obras

de la carretera norte fue autorizado por decreto presidencial el 12 de diciembre de 1945. Se comenzaba así una vital ruta de comunicación entre el Norte Chico y la Zona Central de Chile.

En cuanto al Barrio Cívico, sus principales edificios se construyeron durante la segunda administración de Arturo Alessandri, concluida, como vimos, en 1938. Pero había quedado un sector inacabado alrededor de la Avenida Bulnes hasta la Plaza Almagro donde subsistían casas viejas y a menudo miserables. Frei consiguió llegar a un acuerdo con sus propietarios que permitió construir edificios nuevos y simétricos a ambos lados de una avenida amplia, si bien las obras se materializarían después que Frei dejó el ministerio.

Con todo, el proyecto favorito de Eduardo Frei como Ministro de Obras Públicas fue el plan de regadío. En lo esencial se trataba de crear un fondo especial de regadío destinado a abarcar una superficie de 600.000 hectáreas en 25 años. Según Frei se trataba de: "...cambiar el rostro físico del país en menos de una generación". Tenía especial interés en la posibilidad de regar vastas extensiones de la zona norte, proyecto que ya había planteado en *Chile desconocido*. Además, el plan se debía insertar en un contexto más amplio que anunciaba una suerte de reforma agraria. Dado que la irrigación aumentaría el valor de la tierra, el Estado tendría derecho a expropiar los terrenos incultos y los que no se aprovechasen debidamente y que quedasen comprendidos dentro de las zonas por regar. El expropiado sería indemnizado al contado o recibiendo una parte de la propia tierra ahora revalorizada. Parte de la tierra expropiada quedaría en poder de la Caja de Colonización Agrícola para su distribución entre campesinos o su venta. Con los ingresos producto de ésta se cubrirían los costos de la continuación del plan.

Se trataba de una obra ambiciosa. Sin embargo, pese a los esfuerzos de Frei y sus documentadas exposiciones sobre el tema, no consiguió apoyo en el Parlamento, inclusive dentro de algunos sectores proclives al gobierno.

La gestión ministerial de Frei no fue larga. A comienzos de 1946, el Presidente Ríos, gravemente enfermo, debió entregar el

mando a su Ministro del Interior, Alfredo Duhalde, quien se vio enfrentado a problemas sociales vinculados a la depresión económica posterior a la Segunda Guerra Mundial y a la acción del Partido Comunista, ya en una perspectiva política de Guerra Fría. El 28 de enero, en la Plaza Bulnes de Santiago, se efectuó una concentración que derivó en un violento enfrentamiento entre manifestantes y la policía, quedando un saldo de 6 muertos civiles, entre ellos la joven comunista Ramona Parra. Pocas horas después el ministro Frei presentaba su renuncia como rechazo a la represión de una protesta que consideraba legítima. No había alcanzado a cumplir diez meses en el cargo

La Falange apoyó la decisión de Frei que, pese a ser rápida, no debe haber sido fácil. Le gustaba lo que estaba haciendo; en la entrevista "De Profundis" cuenta que "gozó" con su trabajo en el ministerio.

En el gobierno se criticó su actitud pero la experiencia fue provechosa para Frei y su partido. El todavía joven abogado adquirió destreza administrativa y mostró ante la clase política y el país sobriedad, honestidad y capacidades organizativa y de trabajo. Al interior de la Falange su liderazgo se afianzó, comenzando a formarse entonces dentro de su seno un sector "freísta".

También su labor le concitó el apoyo de los técnicos que trabajaban en el aparato del Estado, quienes tradicionalmente habían manifestado su desconfianza en los políticos, considerándolos incapaces de encarar y resolver en debida forma los problemas técnicos que debían afrontar.

Gabriel Gonzalez Videla en la Presidencia

El 27 de junio de 1946 moría el Presidente Juan Antonio Ríos y de nuevo debió llamarse a elecciones presidenciales anticipadamente. Al renunciar como ministro, Frei había vuelto a sus actividades profesionales y partidistas, enriquecidas ahora con la fundación de la revista *Política y Espíritu* donde fue editorialista y redactor. Entre 1946 y 1958 publicaría allí al menos 32 artículos

(no todos firmados) sobre temas de fondo, en particular sobre la relación entre moral y política y —debe tenerse en cuenta la época— el mundo comunista y el pensamiento social cristiano. Maritain, Péguy, Chesterton, Hilaire Belloc y Paul Bourget parecen haber sido los autores que más influyeron en él durante esos años. También se interesó en temas de economía y diversos asuntos latinoamericanos. Sin embargo, a corto plazo, la elección presidencial lo obligó a preocuparse de la contingencia.

Ya antes que Ríos muriera los aspirantes a sucederlo iniciaron una ardorosa lucha para triunfar en la elección que se fijó para el 4 de septiembre. La contienda electoral significó el inicio de una nueva etapa en el desarrollo del social cristianismo en Chile.

El Partido Conservador levantó la candidatura de Eduardo Cruz-Coke, un brillante médico de ideas progresistas. En esas circunstancias la Falange Nacional, olvidando viejos rencores y antagonismos —aunque con la oposición de Frei y otros— le brindó su apoyo, especialmente porque Cruz-Coke hizo de los postulados social cristianos su bandera de lucha.

Tras una ardorosa campaña, el candidato conservador fue derrotado por el radical Gabriel González Videla, que había recibido el apoyo comunista, quedando en tercer lugar el liberal Fernando Alessandri y en último el socialista (anticomunista) Bernardo Ibáñez. Pero el impacto de esta campaña en las filas conservadoras fue profundo y el partido se dividió en dos sectores, el tradicionalista y el social cristiano, los que llegarían, años después, a la ruptura.

El Presidente González Videla inició su administración dando participación ministerial al Partido Comunista, el cual por primera vez en la historia de Chile integraba un gobierno. También recibió el apoyo de la Falange que retomaba así su línea de centro-izquierda, después de una súbita ruptura con los conservadores que intentaron que el Congreso Pleno, desconociendo la primera mayoría relativa, eligiera Presidente a Cruz-Coke. En la época corrieron rumores en el sentido que el recién elegido mandatario ofreció a Frei, de nueva cuenta, el Ministerio de

Obras Públicas, y que éste, aduciendo razones personales, lo rechazó. Habría resultado muy extraño que Eduardo Frei aceptara tal cargo en un gobierno encabezado por un Presidente cuya candidatura no contó con el apoyo de la Falange y en el cual participaban los comunistas.

El panorama se complicaría rápidamente para el gobierno recién electo. El Partido Comunista sacó provecho de su posición de poder haciendo un doble juego al actuar, al mismo tiempo, como oficialismo y oposición. Entonces el Presidente y el Partido Radical —con el apoyo de la derecha— adoptaron una resuelta actitud en su contra. El comunismo respondió con huelgas y motines y, en particular, con una combativa paralización en las minas de carbón de Lota que amenazaba paralizar a los ferrocarriles y al país. Ante esto el gobierno resolvió terminar con la actividad comunista interviniendo militarmente en la zona de Lota y arrestando a numerosos militantes de ese partido. Además rompió relaciones con la Unión Soviética.

Los acontecimientos sirvieron para dejar en evidencia la división conservadora. Mientras el sector social cristiano impugnaba la iniciativa gubernativa, los tradicionalistas le brindaron apoyo entusiasta. La Falange Nacional fue aún más terminante en su rechazo a las medidas represivas. Su argumento fue que se podía castigar los actos ilegales cometidos por el Partido Comunista, pero que las ideas, por erradas que fueran, no se podían perseguir y se debían combatir sólo con otras ideas y dentro de una legalidad común para todos.

Eduardo Frei, que en sus libros y artículos en *Política y Espíritu* nunca había ocultado su posición anticomunista, fue uno de los mayores opositores a la política represiva del gobierno, denunciando el error que, a su juicio, se cometía al pretender combatir al comunismo con la fuerza. Planteaba, en cambio, la necesidad de luchar contra las causas del comunismo oponiendo a éste una alternativa fundada en los valores social cristianos.

Pero la discusión que sobrevino causaría un incidente mayor entre la Falange y un sector de la Iglesia Católica y que casi termina con la disolución de partido. La juventud de la Acción

Católica se pronunció contra la política anticomunista de González Videla. El asesor general de esa juventud, obispo Augusto Salinas, tomó una actitud de severa condena a los muchachos, señalando que estaban bajo la mala influencia de "cierta corriente ideológica" la que incluso atacaba a gobiernos de países católicos, refiriéndose a la España de Franco. La Falange respondió con vehemencia y el obispo en un artículo aparecido en *El Diario Ilustrado,* titulado "Enemigos de Cristo", los motejó de "vendedores de Cristo por un vil puñado de monedas". El Consejo Episcopal, organismo muy conservador, reafirmó la línea anticomunista de la Iglesia, apoyó a Salinas y lamentó las palabras con que los falangistas le habían respondido.

La Falange se hallaba gravemente cuestionada y citó a un Congreso Extraordinario Nacional para el 6 de diciembre de 1947, donde se debía resolver ni más ni menos que la disolución de partido. Sin embargo el congreso no se realizó pues el obispo de Talca, monseñor Manuel Larraín, envió una carta al jefe falangista regional, Eugenio Cruz Donoso, asegurándole que aplaudía "su profundo sentido cristiano" y su adhesión a la Iglesia. El incidente terminó con otra carta del cardenal José María Caro, en la que si bien se pronunciaba por una firme actitud anticomunista de los católicos y reafirmaba su adhesión a monseñor Salinas, terminaba formulando votos para que las pasadas fricciones fuesen olvidadas.

La Falange había superado así la más grave crisis en su historia política. Frei, católico observante y militante, pasó por una dura prueba. Se encontraba en una disyuntiva moral decisiva. No concebía su acción en política sino a partir de su cosmovisión católica y si se hubiera producido el quiebre, su carrera pública habría terminado.

A comienzos de 1948 el problema resurgiría al presentar el gobierno ante el Parlamento un proyecto de ley ("De Defensa de la Democracia") para dejar al Partido Comunista fuera del orden jurídico. Radomiro Tomic, diputado falangista, se opuso vehementemente a la ley, pasando la Falange temporalmente a la oposición. Sin embargo no hubo nuevo enfrentamiento con la Iglesia. La

Ley de Defensa de la Democracia fue aprobada y luego promulgada el 3 de septiembre de 1948.

Poco antes se había producido otra manifestación de la división conservadora. En julio de ese año, el Presidente González Videla organizó un nuevo gabinete integrado por dos ministros conservadores tradicionalistas, a pesar de que la Junta Ejecutiva del partido les había negado el pase para hacerlo. Se inició el gobierno llamado "de Concentración Nacional", integrado por conservadores tradicionalistas, liberales y radicales. En tanto los conservadores social cristianos se acercaban a la Falange.

1949, Frei senador

El primer domingo de marzo de 1949 se efectuaron elecciones parlamentarias ordinarias. Para la Falange Nacional constituyeron una decepción más. Nuevamente se obtuvieron sólo tres diputados pero, por primera vez, un hombre de sus filas llegó al Senado: Eduardo Frei fue elegido senador por Atacama y Coquimbo para el período 1949-1957. La Falange afrontó la elección integrando la combinación política opositora denominada FRAS junto a los partidos Radical Democrático, Agrario Laborista y Socialista.

Fue así como Eduardo Frei Montalva llegó al Senado sin haber sido jamás diputado. La campaña se realizó con escasos medios, en una zona en que no había presencia social cristiana y donde la propia Iglesia Católica no miraba con simpatía la candidatura falangista. Pero estos problemas se suplieron con un gran entusiasmo. Frei —que se arriesgaba a una cuarta derrota electoral— se trasladó con toda su familia a la zona de La Serena en un largo y azaroso viaje en automóvil, deteniéndose en Ovalle y otras ciudades para encabezar concentraciones. En la ciudad de La Serena se alojaron en el "Gran Hotel", que lo era sólo de nombre.

Para el Partido Conservador las elecciones significaron un triunfo de los tradicionalistas, con 2 senadores y 21 diputados, contra 1 senador y 11 diputados social cristianos. Poco después,

el 15 de mayo, se producía finalmente la ruptura entre ambos sectores. Nacían así el Partido Conservador Tradicionalista y el Partido Social Cristiano.

Frei tenía sólo 38 años al ser elegido senador. Con los años su carácter se había ido poniendo serio y cuando hablaba adquiría un cierto tono de solemnidad. Por lo demás, era equilibrado, algo que había hecho notar Gabriela Mistral, constante, estudioso —tenía fama de ser uno de los escasos chilenos que habían leído *El Capital* completo—, a veces vehemente y apasionado, exhibiendo seguridad en sí mismo. No tardó en destacar en el Senado. En 1950 los periodistas políticos lo distinguieron como el senador más documentado y en 1954 como la figura política del año.

De la lectura de las actas del Senado donde se reproducen las intervenciones del senador por Atacama y Coquimbo queda en evidencia con cuanta acuciosidad estudiaba los problemas y la madurez de las opiniones que expresaba. Participó —o lo intentaba— en varias comisiones de la Cámara Alta, pero donde más descollaba era en materias de economía y hacienda, llegándose a transformar en un temido analista y crítico de los equipos económicos de los presidentes Ibáñez (1952-1958) y Jorge Alessandri (1958-1964). "Yo representaba, y me tocó ser durante muchos años, el único senador del partido (....) a mí me tocaba hacer un poco el hombre que tenía que afrontar y asumir la comisión de Hacienda o de Obras Públicas o de Minería, intervenir en los debates, etcétera. (...) me obligaba a estudiar, me obligaba a aprender mucho, a oír". Fue en el Senado (donde todavía participaban figuras legendarias de la vida política chilena del siglo XX, como Arturo Alessandri Palma y Carlos Ibáñez del Campo), donde Frei conoció en profundidad a Chile. Allí perfeccionó también su oratoria, clara y de una lógica implacable. En fin, la experiencia parlamentaria también le ayudaría cuando siendo Presidente de la República tuvo que enviar y gestionar leyes cruciales en el Parlamento.

Frei recordaría, muchos años después, a esos tiempos como "una época apasionante" en la que llevó "una vida muy intensa y, por lo mismo, muy feliz". Sus giras por las provincias que repre-

sentaba eran notables. Visitando cada pueblo, sin grandes banquetes o agasajos, se reunía con sus partidarios y les contaba problemas complejos nacionales e internacionales pero que, con su inteligencia sintética, ponía a la altura de un auditorio de gente con poca educación.

Con la nueva investidura pública se abrieron además otras posibilidades para Eduardo Frei. De partida otra publicación vio la luz. Se trataba de la continuación del *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*, publicado originalmente por Alberto Edwards en 1903. Frei, como hemos dicho, admiraba mucho las obras de Edwards, aquélla y las siguientes, en especial *La fronda aristocrática,* aparecida en 1927. Los libros de Edwards y de Frei destacan las mismas épocas de "Estado en forma" y las mismas personalidades autoritarias: O'Higgins, Portales, Montt, Balmaceda, algo perfectamente consecuente en Edwards que se autodefinía como "el último pelucón", pero extraño en un político como Frei que había hecho de la lucha contra el Partido Conservador y las ideas tradicionalistas su bandera y que se había opuesto a la figura autoritaria de Ibáñez. En el nuevo libro, sin embargo, destacaba lo que representó la elección de Arturo Alessandri como Presidente de la República y sus iniciativas de reforma social. Con Ibáñez —en su primera presidencia— muestra una actitud ecuánime. No mira con simpatía al Partido Radical, por su laicismo y empleomanía a costas del erario público, aunque reconoce la obra de Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos y del Frente Popular en general, en la modernización de Chile. Su principal error —a nuestro juicio— es no haber valorado suficientemente lo que significó el surgimiento y subsiguiente gravitación de la clase media en la historia de Chile, así como no reconocer, junto a sus defectos, sus virtudes.

Se ha dicho, tal vez con justicia, que la continuación de Frei no está a la altura de la obra de Alberto Edwards. Pero no hay que olvidar que este último era historiador y Frei ensayista social. En todo caso, en la parte escrita por Frei, el libro tiene la virtud de hacer historiografía "reciente", en una época en que todas las historias generales de Chile terminaban en 1891.

En otro plano, Frei comenzó con una activa vida internacional. Ya había asistido a una reunión de grupos social cristianos latinoamericanos realizada en Montevideo, en 1947. En 1949 asistiría a una segunda, con estadía en Buenos Aires de por medio. Su oratoria brillante destacó en ambas. También mantenía activa correspondencia con grupos de pensamiento afín en Bolivia (Cochabamba) y Perú. En 1950 integró la representación de Chile ante la Asamblea de las Naciones Unidas y al año siguiente participó en las sesiones del Consejo Económico de las Naciones Unidas donde pronunció un comentado discurso. Comenzaba a adquirir prestigio en el extranjero. En sus discursos privilegió los temas relacionados con la integración, tomando como ejemplo lo que sucedía esos años en Europa. El tema integracionista aparecería en todos los libros futuros de Frei y marcaría su acción posterior como gobernante.

Ese mismo año 1951 Alejandro Magnet publicó, bajo el título *Sentido y forma de una política,* una recopilación de los más representativos discursos y artículos de Frei aparecidos en la revista *Política y Espíritu,* precedida de una semblanza de su persona. Sin duda había en el ambiente falangista un afán de promover la figura de Frei.

En las postrimerías del gobierno de González Videla se efectuó la convención de los partidos gobernantes de centro izquierda para elegir candidato a la Presidencia de la República. La Falange Nacional postuló por primera vez como precandidato a un hombre de sus filas: Eduardo Frei, quien fue presentado por Patricio Aylwin. Como precandidato Frei realizó, incluso, algunas giras. Pero, por peso electoral, finalmente el candidato fue el radical Pedro Enrique Alfonso que recibió el apoyo de la Falange.

FREI FIGURA POLITICA NACIONAL

Sin embargo el vencedor en las elecciones de 1952 fue el general Ibáñez, con mayoría relativa pero amplia, ratificada por el Congreso Nacional. Había vencido al derechista Arturo Matte, al

radical Pedro Enrique Alfonso y a Salvador Allende, que se presentaba por primera vez como candidato a la Presidencia de la República. Volvía así a La Moneda el dictador de 1927-1931, pero ahora como Presidente constitucional. Sin embargo no tenía apoyo en el Congreso.

Las elecciones parlamentarias de 1953 ("un Parlamento para Ibáñez" fue el eslogan) significaron un triunfo para las heterogéneas fuerzas adherentes al recién elegido Presidente al que la ciudadanía, como era la tradición, brindaba así su oportunidad. Este hecho contribuyó en parte, aunque no en forma decisiva, al magro resultado obtenido por los conservadores social cristianos, con sólo dos diputados, y por los falangistas, con cinco. Sin embargo, ese mismo año la Falange se afirmaba como fuerza mayoritaria en la Federación de Estudiantes de Chile (FECH), lo que evidenciaba que su peso entre la élite universitaria ya era preponderante.

No obstante, la derrota —una más— provocó el acercamiento definitivo entre la Falange y los conservadores social cristianos, que formaron la Federación Social Cristiana, primer paso hacia su unificación futura

Mientras tanto Frei, que seguía como solitaria voz falangista en el Senado, hizo oír desde allí fuertes críticas a la nueva administración y en especial a su política económica. Tan bien fundamentados fueron sus análisis que habrían de conducir a un curioso episodio de la historia política chilena.

En 1954 el gobierno afrontaba una crisis de gravedad, motivada por la vacilante política de gobierno, la inestabilidad ministerial y el fracaso de la política económica del Ministro de Hacienda, Guillermo del Pedregal.

Cuando se creía que podía darse la oportunidad para Rafael Tarud y el Partido Agrario Laborista, que desde las elecciones de 1953 era el principal sostén político del régimen, sorpresivamente, el 25 de mayo de 1954, el Presidente Ibáñez invitó a reunirse con él en La Moneda, al opositor senador Eduardo Frei. Siguieron dos reuniones que duraron más de siete horas, tras las cuales trascendió que se gestaba una solución a la crisis. Ibáñez

ofreció a Frei el Ministerio de Hacienda otorgándole, además, libertad para que organizara un gabinete a su gusto, el que debía dar una nueva orientación política y económica al gobierno.

Para el senador de la Falange era una gran oportunidad —en las fotos tomadas en esos días se le ve contento y entusiasmado— pues el ofrecimiento presidencial significaba prácticamente el cargo de primer ministro, con gran poder y libertad de acción. Pero, al mismo tiempo, era un riesgo, porque aceptar la proposición presidencial le significaba perder su cargo en la Cámara Alta. Contingencia aventurada tratándose de un Presidente que mostraba una enorme ligereza para sustituir a sus ministros de Estado. Con todo, Frei no trepidó en aceptar estos riesgos en aras de poder realizar sus proyectos. Incluso llegó a confeccionar un borrador de gabinete, que resulta notable cuando se compara los nombres de sus integrantes con los que serían los miembros de su primer ministerio en 1964, diez años después. A saber: Interior: Tobías Barros, Subsecretario: C. (¿Carlos?) Altamirano; Relaciones Exteriores: Radomiro Tomic; Subsecretario: E. (Enrique) Bernstein; Economía: Aníbal Pinto Santa Cruz; Educación: Juan Gómez Millas; Agricultura, Tierras y Colonización: Alejandro Hales; Obras Públicas: Raúl Sáez; Trabajo: William Thayer; Salud: (?) Vial; Educación: O. Herrera; CONDECOR: Flavián Levine o Manuel Vinagre (gerente: Jorge Fontaine); CORVI: Edmundo Pérez, E. Duhart o Sergio Larraín; Banco Central: Jorge Ahumada o Flavián Levine; Superintendencia de Bancos: Guillermo Marshall; CORFO: A. (Alvaro) García. El se reservaba las carteras de Hacienda, Subsecretario: Molina (¿Sergio?) y Minas.

Pero el nombramiento de Frei no prosperó en definitiva. La influencia que sobre Ibáñez ejercían Rafael Tarud y sus partidarios así como el nacionalista Jorge Prat y sus "estanqueros", a cuya presión se unió todo el ibañismo, movilizado ante este peligro, llevaron al Presidente a desistir de sus intenciones. Después de un agitado fin de semana en el palacio presidencial de Viña del Mar, hasta el cual llegó Rafael Tarud, el 2 de junio, cuando se creía que Ibáñez presidiría el juramento del nuevo

gabinete, Frei entregó una declaración en la que expresaba: "Habiendo encontrado S.E. dificultades más allá de su control... le indiqué que al aceptar su invitación yo solamente estaba guiado por una determinación de alcanzar una solución nacional; pero inmediatamente le dejé en absoluta libertad para buscar otra fórmula". La oportunidad histórica de Eduardo Frei —a quien el incidente afectó— todavía no llegaba. Aún así fue elegido por la prensa como "la figura política del año".

Sin embargo el episodio tuvo repercusiones posteriores de gran importancia. El movimiento social cristiano demostró contar con un líder de categoría y prestigio nacionales, capaz de reunir un equipo de gobierno. Más todavía, ya se perfilaba como una alternativa histórica diferente a las ensayadas en Chile durante las últimas décadas y que abría una nueva esperanza en un momento de desencanto. Desde un punto de vista social, significaba, además, una respuesta de clase media diferente al laicismo radical, que hasta ese momento y desde 1920 había casi monopolizado la condición de alternativa frente al Chile oligárquico —conservador y liberal— que lo había precedido y que aún tenía gran peso político.

Al finalizar el año 1955, en diciembre, se realizó un gran congreso internacional Demócrata Cristiano, con asistencia de más de 600 delegados. Eduardo Frei pronunció el discurso de clausura en el Teatro Caupolicán (los "caupolicanazos" se transformarían en una tradición falangista y después demócrata cristiana).

Ese mismo año Frei fue designado por las Naciones Unidas, junto con el ex Presidente de Colombia, Carlos Lleras Restrepo y el entonces Director de la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL) Raúl Prebisch, como integrante de un grupo de estudio de alto nivel, destinado a preparar un informe para la Conferencia de Cancilleres que debía celebrarse en Río de Janeiro. El informe, editado por la CEPAL, dio la pauta para la mayor parte de los estudios realizados con posterioridad sobre los problemas de desarrollo económico e integración latinoamericana. Esos contactos internacionales y continuos viajes al extranjero —incluyendo Europa y Estados Unidos— se harían

frecuentes en los años siguientes. En uno de los viajes que realizó Frei por esos años tuvo ocasión de encontrarse de nuevo con Jacques Maritain, entonces profesor en Princeton.

Sus estadías fuera de Chile le ayudaron a desarrollar algunas de sus características personales más notables, como su conocimiento de la pintura italiana, en la cual llegó a ser un experto y también su erudición en materias literarias. Hay que revisar su biblioteca para captar lo extenso de sus gustos que incluían, en especial, la literatura francesa y los clásicos griegos.

Por otra parte Frei no abandonaba su labor como publicista. Siempre en 1955, editó un nuevo libro, *La verdad tiene su hora*, otro ensayo de carácter social que refleja una gran preocupación por Chile y los problemas socioeconómicos de Latinoamérica. Repite, en parte, la pesimista denuncia de la realidad chilena ya esbozada en algunas de sus obras anteriores. El libro refleja la indignación de un profesional y un político eficiente, honesto y trabajador frente a los múltiples males y atrasos que evidenciaba entonces el país, al que no deja de reconocerle, por otra parte, virtudes y grandes posibilidades futuras.

En este nuevo libro se refleja la pluma de un hombre más maduro e informado que el de los anteriores ensayos. El autor muestra conocer bien la historia reciente de Europa y América y propone entusiastas iniciativas adaptadas a la realidad chilena.

La verdad tiene su hora es, evidentemente, la obra de un dirigente que propone una tarea y que tiene conciencia del escenario que ocupa. Para comprobarlo basta con leer el título de algunos capítulos: "Existe un camino" o "América tiene un destino". Con todo, a veces el texto se torna engorroso y hay reiteraciones.

La familia

La familia de Eduardo Frei Montalva se parecía a muchas de las de clase media de entonces. Se hacía intensa vida de hogar. El padre se mostraba exigente con las notas —especialmente en

inglés— y los hijos temían la entrega de las libretas y los consiguientes retos y recriminaciones que sucedían. Alguna vez hubo correazos para los más "flojos", como era la práctica de todos los padres burgueses de esa época. Pero también se compartían momentos de alegría: conversaciones sobre arte y literatura (jamás se mencionaba el sexo), paseos en auto a La Dehesa, al Cajón del Maipo. Por entonces tenían un auto Chevrolet modelo 1955 donde difícilmente, a veces, lograba entrar toda la familia. En las mañanas Frei cantaba y los hijos —a pesar de que lo reverenciaban— se reían. El se ponía furioso pero esas furias nadie las tomaba muy en serio.

Un episodio difícil para el futuro Presidente de Chile fue que su hija mayor, María Irene, decidiera hacerse monja. Signo, por otra parte, del ambiente de religiosidad que reinaba en su hogar. Le pidió que lo pensara durante un año, que conociera el mundo, pero María Irene tenía entonces una vocación muy profunda y tomó el hábito. En la ceremonia Eduardo Frei lloró de emoción; sin embargo sus prevenciones resultaron fundadas y su hija dejaría el estado religioso el año 1965.

La vida doméstica del futuro Presidente de Chile y su extensa familia también experimentó un cambio muy agradable a mediados de la década de 1950. Con el dinero de la venta de un sitio que había adquirido en el sector de La Dehesa, en abril de 1955 Frei compró al constructor Héctor Mardones una casa en Algarrobo, entonces un tranquilo balneario de la costa central. La casa no era lujosa pero sí amplia, algo que resultaba imprescindible para un grupo de casi diez personas. El matrimonio Frei Ruiz-Tagle y su prole disfrutarían mucho de esa casa. En vacaciones y algunos fines de semana durante el año viajaban a Algarrobo, donde se hacía vida descansada y alegre. El senador gustaba de las largas caminatas, de los baños de mar en verano y de variada lectura, que combinaba la literatura seria con novelas de diversos géneros. Le gustaban especialmente las de "cow-boys", de las que solía leer una por noche. También la familia podía entregarse a una de las actividades favoritas de Frei, los campeonatos de ping-pong. En las tardes se conversaba y papá Frei se

tomaba uno o dos whiskies de botellas que compraba en los viajes, pues en el Chile de entonces era carísimo. No fumaba, excepto un ocasional habano, costumbre que conservaría toda su vida.

En el Algarrobo de la época también tenía casa Salvador Allende y ambos dirigentes políticos solían encontrarse. Después adquiriría la suya otro futuro Presidente, Patricio Aylwin. Radomiro Tomic también tenía una —hermosa— junto al mar.

La eleccion presidencial de 1958

En los últimos tres años de su administración Ibáñez iba de tumbo en tumbo. En 1955 la tasa de inflación se empinó al ochenta y cuatro por ciento, la más alta, hasta ese momento, de la historia de Chile. En los años siguientes las fuerzas políticas que apoyaban al gobierno se erosionaron rápidamente y el fenómeno Ibáñez —el retorno de un caudillo por sobre los partidos políticos— se desinfló estrepitosamente. Terminaría gobernando con escaso apoyo y en medio de un gran desprestigio.

Al aproximarse las elecciones parlamentarias de 1957, quienes tenían depositadas sus esperanzas en Frei para un futuro gobierno demócrata cristiano comenzaron a considerar el problema de su reelección como senador. Convertido en figura de prestigio ampliamente reconocido se decidió postularlo por Santiago. La capital era y es el centro de la vida política y cultural de Chile y para triunfar en el país era preciso triunfar antes en Santiago. Se trataba, sin embargo, de una dura prueba, pues en la pugna electoral capitalina los partidos o sectores políticos presentaban a sus mejores hombres.

Tanto la Falange como Eduardo Frei asumieron el riesgo, lo que en un comienzo les significó una ruptura con su otrora abanderado Eduardo Cruz-Coke, quien pretendía seguir siendo la figura central de la Federación Social Cristiana. Pero la candidatura de Frei se mantuvo y alcanzó un triunfo espectacular, la primera mayoría, superando por 10.000 sufragios a su más próximo

adversario, Jorge Alessandri. Y la Falange Nacional, al fin, logró remontar en su número de diputados, que esta vez fueron catorce, obteniendo el diez por ciento de la votación nacional. En buena medida gracias al carisma de Frei, la Falange finalmente se había puesto los pantalones largos.

La nueva situación hizo imperioso unificar las fuerzas social cristianas en un solo partido. Tanto los conservadores social cristianos como los falangistas designaron una comisión para "hacer nacer un gran partido demócrata cristiano". Habiéndose llegado a acuerdo en una declaración de principios, el 28 de julio de 1957 nacía el Partido Demócrata Cristiano (PDC) por la fusión de los dos partidos, a los que se agregó, con dos diputados, un grupo de ibañistas nacional-cristianos. Por el Partido Conservador Social Cristiano firmó el documento —ironías de la historia— Horacio Walker, el mismo personero que presidía al Partido Conservador (Unido) cuando se desprendió de éste la Falange en 1938. Así el social cristianismo llegaba a su mayoría de edad después de más de veinte años de luchas y entraba en el juego político de los grandes. Ahora Frei tenía tras de sí un partido cuya significación y peso iba en creciente aumento.

En Latinoamérica soplaban vientos de cambio. Caían las dictaduras y la idea de que una transformación profunda en las estructuras sociales tradicionales era inminente y necesaria se aceptaba cada vez más. En Chile el nuevo Partido Demócrata Cristiano se iba a transformar en una de los dos fuerzas alternativas que propiciarían ese cambio estructural. La otra sería la izquierda marxista que por estos mismos años se unificaba en torno a la estrategia del Frente de Trabajadores y que después encontraría su modelo a seguir en la Revolución Cubana.

Apenas creado, el Partido Demócrata Cristiano inició sus preparativos para postular la candidatura presidencial de Eduardo Frei. En las cúpulas directivas del nuevo grupo político no había consenso en que Frei había de ser el candidato, se oponían a él los sectores de izquierda. Pero la gran masa de militantes tenía todas sus esperanzas depositadas en Frei, y más importante aún, lo mismo sucedía con un gran sector de independientes

que adherían a aquél por su persona y no por su filiación partidista.

Otras razones favorecían una candidatura de Frei. Su capacidad demostrada como ministro y senador, su infatigable entrega al partido durante los años de sus derrotas electorales, mientras Garretón, Leighton y Tomic debían preocuparse de sus labores parlamentarias. Por otra parte, Frei era el falangista más conocido popularmente. Sus discursos en el Senado, sus libros y sus actividades internacionales habían colaborado a esto. En fin, era un hombre equilibrado, mesurado y con manejo político. Su oratoria pública —siempre improvisaba— alcanzaba momentos de brillo y llegaba a todo el mundo. Además gozaba de justificada fama de hombre de vida ordenada y pensamiento analítico, que jamás tomaba una decisión sin sopesarla y consultarla.

Los demás partidos también designaban sus candidatos. La izquierda, con participación de radicales doctrinarios, socialistas, comunistas y otros grupos menores, se reunió en septiembre de 1957 en la que se llamó Convención Nacional del Pueblo, donde, como estaba previsto, se eligió como candidato a Salvador Allende, quien postularía por segunda vez a la Presidencia.

Hay historiadores que piensan que Frei, ya desde los tiempos de estudiante universitario, tenía los ojos puestos en la Presidencia de la República. Su familia desmiente esa afirmación. En todo caso sí parece haberla tenido en mente al menos desde que fue precandidato, como lo anotamos, en la convención de partidos de centro izquierda de 1952. Desde entonces se había transformado en un líder de masas. Su ambición, normal en todo político, no la disfrazaba con negativas hipócritas. Se sabía hombre del destino. En esas circunstancias era un candidato natural a la primera magistratura

Sin embargo, el panorama se le presentaba complicado. Al respaldo de su propio partido, Frei sólo añadía el del Partido Democrático Nacional, formado por sectores del primitivo Partido Agrario Laborista que liderara Jaime Larraín y el agrario laborismo ibañista, muy reducidos en su poderío electoral. Tenía también el respaldo de sectores juveniles e intelectuales

independientes que tenían una gran admiración hacia su persona. Sin embargo, aunque se trataba de grupos de élite, eran pequeños.

La posibilidad de alianza con la izquierda parecía cerrada, porque ésta se había organizado en el Frente de Acción Popular (FRAP), que respondía a la estrategia del Frente de Trabajadores y excluía la posibilidad de alianzas con partidos de centro. Por lo demás ya tenía su abanderado en la figura de Salvador Allende.

La alianza con el Partido Radical se descartaba, pues se recordaba el conflicto y la renuncia de Frei al gabinete de Juan Antonio Ríos y se le consideraba un ente político conflictivo. Además el Partido Radical todavía era electoralmente mucho más grande que el Partido Demócrata Cristiano y tenía su propio representante en Luis Bossay, líder del sector izquierdista.

Quedaba la alternativa de la derecha. La aproximación al Partido Liberal no era difícil y Frei la inició en agosto de 1957 mediante una carta a la directiva de esa colectividad donde le ofrecía una alianza electoral y de gobierno, sin renunciar a las propias convicciones. Mucho más difícil era aproximarse a los conservadores cuyo apoyo, sin embargo, esperaban, recordando que en 1946 la Falange había apoyado a Cruz-Coke. Pero entre ambos partidos había un distanciamiento belicoso e histórico que se remontaba a 1938. Los problemas posteriores con la jerarquía de la Iglesia Católica chilena, alineada con el conservantismo durante el gobierno de Gabriel González, así como la escisión de los social cristianos y su posterior unión con la Falange habían envenenado más todavía la relación. La directiva de la Democracia Cristiana —y Frei en particular— si bien hicieron algunos contactos informales con dirigentes conservadores, no se decidieron a enviar una carta pidiendo explícitamente el apoyo de sus viejos enemigos, a pesar que ellos la habían solicitado.

Ante el desaire, los conservadores levantaron la candidatura de Jorge Alessandri Rodríguez, el hijo del caudillo popular de 1920, ahora convertido en un personaje de empaque, que —como se vio— había sido elegido senador independiente de derecha por Santiago en 1957, pero con menos votación que Frei. Alessandri, quien tenía prestigio en los sectores empresariales,

aunque sosteniendo que él "no tenía ambiciones" dijo que, ante la debilidad de Frei, aceptaba. En esas circunstancias el Partido Liberal debía escoger entre ambos candidatos.

En la definición de la situación fue decisiva la sorpresiva muerte del senador Raúl Marín Balmaceda, firme opositor a Frei, que se produjo precisamente en medio del debate sobre el candidato presidencial. Este episodio patético decidió el asunto y, reanudada la discusión, el Partido Liberal ofreció su apoyo a Alessandri, quien, a pesar de haberlo rechazado antes, ahora lo aceptó agradecido.

El Partido Demócrata Cristiano, finalmente, sólo pudo contar con el sector del Partido Agrario Laborista lo que significaba ir a una derrota casi segura. Sin embargo, el panorama, tal como quedó, permitía a la Democracia Cristiana afirmarse como una alternativa nueva en torno a una utopía propia, lo cual le rendiría frutos seis años después.

Hubo un quinto candidato: Antonio Zamorano, ex párroco del pueblo de Catapilco, quien había dejado su ministerio sacerdotal rompiendo con la Iglesia para dedicarse a la política y en 1957 había sido elegido diputado por Valparaíso. Su candidatura, como se verá, sería clave en el resultado de la pugna presidencial.

La campaña electoral de los candidatos se desarrolló con pasión y con alternativas, como la elección complementaria de un diputado por el Tercer Distrito de Santiago efectuada el 23 de marzo de 1958, en la que triunfó el candidato del alessandrismo, Enrique Edwards, sobre el demócrata cristiano Eduardo Simián.

Pocos días después del triunfo de Edwards, el 27 de marzo, se formaba el Bloque de Saneamiento Democrático, integrado por los partidos adherentes de las candidaturas de Frei, Allende y Bossay, el que, con el apoyo del Presidente Ibáñez, lograba aprobar la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia, devolviendo así sus derechos políticos a los comunistas. Se aprobó asimismo una reforma electoral que estableció, entre otras medidas, la cédula única como medio de terminar con el cohecho. Se creía que la eliminación de este vicio de nuestras elecciones dejaría sin opción al candidato derechista.

La campaña presidencial freísta de 1958 es recordada como una hermosa experiencia por quienes participaron en ella. Los escasos recursos económicos y la falta de medios, una vez más, se suplieron con entusiasmo. Frei, incansable, recorrió el país pueblo por pueblo, barrio por barrio. Ahí demostró algunas condiciones físicas notables, como la posibilidad de dormir profundamente durante los viajes en automóvil, aun por malos caminos, lo que multiplicaba su tiempo. Pocos podían seguirle el ritmo. Llegó a pronunciar doce o catorce discursos diarios. Recordando esa campaña Frei diría en la entrevista "De Profundis": "...cuando uno es joven tiene la capacidad de hacer eso y mucho más. Sobre todo, cuando uno tiene la sensación de estar representando una causa; cuando uno tiene la vivencia de lo que se está haciendo, de la gente, de los amigos, de los hombres de partido y de las mujeres. Sobre todo de ellas, que ayudaron con tanto entusiasmo que uno mismo se contagiaba y se sentía feliz de estar haciendo esa tarea".

No hay duda que Frei disfrutó de esa campaña, en algunas de cuyas giras lo acompañaron los hijos mayores. Ellos recuerdan como su padre se transformaba en el entusiasmo de la empresa.

Sin embargo, la elección del 4 de septiembre de 1958 dio el triunfo a Jorge Alessandri con 386.197 votos, seguido por Salvador Allende con 354.300 votos. Frei obtuvo 254.223 votos, Bossay, 189.152 y Zamorano 41.244 votos. De no haber sido por la votación de este último, proveniente de sectores populares, el triunfador habría sido Salvador Allende y la historia de Chile quizás muy diferente.

Para Eduardo Frei y el recién fundado Partido Demócrata Cristiano, a pesar de haber tenido un tercer puesto, los 250.000 votos obtenidos eran un logro magnífico y representaban otro considerable avance respecto de los resultados electorales anteriores. También era la consagración del PDC como una de las fuerzas políticas importantes de Chile.

La misma noche de la elección Frei reconoció el triunfo de Alessandri, consecuente con lo que había sostenido durante la

campaña respecto a que debía respetarse la primera mayoría, aunque fuera relativa. El Congreso Nacional así lo hizo, proclamando a Jorge Alessandri como Presidente de la República. Sin embargo, el PDC y Frei mantendrían contra el gobierno de Alessandri una oposición férrea.

Los resultados de las elecciones de 1958 tenían una significación que iba más allá de la contingencia. Ya quedaban perfilados los tres tercios en que se dividiría el futuro abanico político chileno: la izquierda marxista, un centro no radical y dúctil, sino demócrata cristiano y fuertemente doctrinario y una derecha a la que entonces se veía sin proyecto histórico, pero que tenía el gobierno y recursos económicos.

La derecha en La Moneda y la eleccion de 1970

La derecha retornaba a La Moneda después de veinte años. A pesar de que el nuevo Presidente había ocupado varios cargos públicos, incluyendo los de diputado y senador, había logrado con éxito presentar una imagen de apoliticismo. Alessandri, como Ibáñez en 1952, significó el triunfo de la "independencia política" sobre el partidismo, pero, tal como aquél, tuvo necesariamente que gobernar con el respaldo de las fuerzas políticas organizadas. A su apoliticismo se sumaba el "carácter técnico" de sus antecedentes como ejecutivo de una importante empresa privada, lo que le aseguró el apoyo del mundo de los negocios.

De dicho mundo provenían sus colaboradores de la primera fase de su gobierno que duró hasta fines de 1961. Querían hacer cambios profundos en la estructura económica del país; cambios que tenían un sesgo favorable a la empresa privada, considerada como el motor del desarrollo. El Estado, dentro de esta concepción, conservaba su fuerza pero teniendo como principal función económica la creación de la infraestructura necesaria para el desenvolvimiento del sector privado.

En 1959 el gobierno inició un importante esfuerzo en vivienda y obras públicas. Ese mismo año se inició un plan de estabilización

económica que se mantuvo durante 1960 y que controló las posibilidades de inflación, manteniendo fijo el tipo de cambio y provocando un aumento espectacular de las importaciones, lo que, en el corto plazo, significó un mejoramiento considerable de la situación económica.

Sin embargo en 1961 el gobierno de Jorge Alessandri enfrentó serios problemas en el orden político y económico.

En lo político, las dificultades se presentaron a raíz de las elecciones parlamentarias de marzo de 1961, en las cuales, a pesar de los éxitos económicos obtenidos, fueron derrotadas las fuerzas gubernamentales, es decir, los partidos Liberal y Conservador. Por ello el Gobierno debió buscar un entendimiento con el Partido Radical para mantener el control del Parlamento lo que puso fin a la primera fase "apolítica" de la gestión de Jorge Alessandri. La Democracia Cristiana, en tanto, en creciente ascenso, obtuvo 28 diputados. Este crecimiento era tanto más significativo si se toma en cuenta que los militantes demócrata cristianos eran en un 60% menores de treinta años.

En cuanto a los problemas de orden económico, éstos se iniciaron a fines de 1960 y culminaron en diciembre de 1961, cuando una brusca y repentina devaluación del peso sepultó los logros estabilizadores hasta entonces obtenidos. La crisis, rodeada de un ambiente de especulación, terminó de desprestigiar al equipo económico del gobierno y acabó con la experiencia de cambios económicos de corte semiliberal. Un intento de reforma agraria llevado a cabo en los últimos años del gobierno Alessandri fue demasiado tímido y limitado como para revivir su popularidad.

El acercamiento de los partidos de derecha —Liberal y Conservador— con el Partido Radical no sólo se manifestó en el ingreso de esta última colectividad al gabinete y en el apoyo dado a las iniciativas del Ejecutivo en el Congreso Nacional. Se proyectaba una alianza de largo alcance. En octubre de 1962 ya se comenzaban a perfilar las estrategias partidistas para las elecciones presidenciales de 1964. En ese mes se constituyó el llamado Frente Nacional Antimarxista integrado por los partidos Conservador,

Liberal y Radical que, con el nombre de Frente Democrático, serviría de base para la candidatura presidencial del radical Julio Durán. Las cifras de apoyo electoral del Frente —a pesar del debilitamiento derechista de 1961— hacían presagiar una holgada victoria de esta coalición política.

Sin embargo, los resultados de las elecciones municipales de 1963 fueron un revés para la nueva alianza. El Partido Liberal bajó del 16,5% al 13,2%, y el Partido Conservador del 14,7% al 11,4%. El Partido Demócrata Cristiano, en cambio, obtuvo un nuevo éxito al lograr la primera mayoría nacional con el 22,7% de los votos, desplazando al Partido Radical al segundo lugar con 21,6% de los sufragios. Los partidos de izquierda, separadamente, lograron también aumentos significativos en la preferencias populares. No obstante estos resultados, la alianza de gobierno contaba aún con un 46,2 de los votos y la candidatura Durán parecía firme.

En esas circunstancias, en junio del mismo año 1963, la Junta Nacional del Partido Demócrata Cristiano designó candidato a Eduardo Frei. Esto parecía un hecho natural. Durante los años del gobierno de Jorge Alessandi, Frei había continuado desplegando una intensa actividad nacional e internacional y su liderazgo dentro del partido era reconocido, aunque sectores de izquierda y juveniles hubieran preferido que el candidato hubiese sido Radomiro Tomic.

Durante esos años Frei había continuado escribiendo. En 1959 se publicó *Pensamiento y Acción* una nueva selección de discursos y conferencias, la mayor parte intervenciones de Frei en el Senado, con prólogo de Alejandro Magnet. El libro muestra, una vez más, cuan bien informado, trabajador y metódico era Frei, especialmente en aspectos relacionados con la economía. Su estatura de estadista queda de manifiesto. Su intelecto claro, francés en su estructura a pesar de sus orígenes familiares chileno-alemanes, marcado por sus lecturas de literatos y pensadores galos, se había refinado.

También su actividad internacional se había acrecentado. Ahora era invitado por centros académicos de todo el mundo. En

1960 disertó en la Universidad de Columbia sobre "Problemas y perspectivas de América Latina". A fines de 1960 y 1961 hizo otros viajes a Estados Unidos. El triunfo presidencial de Kennedy lo entusiasmó al captar las posibilidades que abría para América Latina. En marzo de 1961 Frei le escribía a Adolf Berle en Washington: "El discurso de Kennedy el día de asumir el mando causó profunda impresión. Era de nuevo el lenguaje de Roosevelt: estilo, imaginación, grandeza".

Entretanto entre el 27 y 30 de julio de 1961 se había celebrado en Santiago un Congreso Mundial de la Democracia Cristiana, con asistencia de delegaciones de toda América Latina, de los países de Europa Occidental, de Estados Unidos y algunos invitados de países africanos. Frei fue elegido presidente de esta gran convención.

Ese mismo año fue invitado especial de la Universidad de Oxford a un Seminario sobre problemas culturales, económicos y políticos de las naciones en desarrollo y su repercusión en el contexto mundial, al cual concurrieron sólo tres delegados de América Latina. En 1962 dictó una conferencia en la Universidad de Notre Dame acerca de "Los problemas sociales de América Latina", además sostuvo una extensa entrevista con Ralph Dungan, Asesor de la Presidencia norteamericana. Poco después concurría, invitado por la Conferencia de Rectores de las Universidades Alemanas, a un coloquio en la Universidad de Münster para analizar el mismo tema. Concurrió también al Congreso de Pax Romana celebrado en Montevideo, en el cual pronunció un discurso sobre "La Universidad, conciencia social de la Nación". Hizo —en fin— exposiciones en la Universidad de París y otras.

En 1963 concurrió al Congreso Mundial de la Democracia Cristiana realizado en Estrasburgo y fue designado su vicepresidente. Viajó a la Unión Soviética y a su regreso, pasó a Estados Unidos, disertando en la Universidad de Georgetown sobre "Desarrollo e integración de los países latinoamericanos".

En sus escritos y discursos Eduardo Frei mostraba un estilo dialéctico: problemas y soluciones, alternativas diversas, críticas y elogios, exhibiendo rasgos analíticos y sintéticos. Recogía

opiniones y se quedaba con la que le parecía acertada. Fue mejor orador que escritor.

Durante estos años no fueron de menor importancia sus actividades en el ámbito nacional. Su condición de senador y líder del Partido Demócrata Cristiano que estaba, como hemos visto, en explosivo crecimiento, le permitieron ser una de las opiniones de más peso en el ámbito público. Su segunda candidatura presidencial no tomó por sorpresa al mundo político chileno.

En la izquierda entretanto, el FRAP, aunque con conflictos entre los dos partidos claves, el Comunista y el Socialista, proclamó por tercera vez a Salvador Allende como candidato presidencial.

Finalmente, apareció un cuarto postulante: Jorge Prat, cuya candidatura fue levantada por elementos nacionalistas.

Sin embargo, este cuadro habría de cambiar. A fines de 1963 falleció el diputado socialista por Curicó, Oscar Naranjo. Para la elección complementaria el FRAP eligió como candidato al hijo del parlamentario fallecido, que llevaba su mismo nombre. Los resultados favorecieron a éste que se impuso con el 39,2% de los votos, en tanto que el representante del pacto oficialista alcanzaba sólo el 32,5%, y el demócrata cristiano el 27,7%, con una importante alza en relación a las municipales del año anterior. El impacto fue grande pues Curicó era entonces una zona de agricultura tradicional donde los partidos de derecha tenían un histórico arraigo electoral. Una derrota como la sufrida era un claro presagio de otra mayor en las elecciones presidenciales.

Esta elección, que los periodistas denominaron "el Naranjazo", provocó un terremoto político que significó el fin de la candidatura de Durán. El Frente Democrático procedió a disolverse. Los radicales dejaron en libertad de acción a sus aliados conservadores y liberales, los que pasaron, casi en masa, a adherir incondicionalmente a la candidatura de Frei, optando por lo que consideraban "mal menor".

Estaban así lanzadas de modo definitivo las campañas y los candidatos para la elección de 1964 la que se daría, de hecho, a dos bandas, pues si bien Durán continuó siendo candidato del

Partido Radical, su postulación se transformó en casi simbólica. Jorge Prat renunció. La competencia estaba planteada entre Eduardo Frei y Salvador Allende.

La pugna se dio en condiciones internacionales y nacionales especiales y hasta cierto punto nuevas. Los partidos de izquierda habían recibido el fuerte impacto de la experiencia cubana que les había demostrado que una revolución marxista y nacionalista podía darse en el continente y ante las mismas puertas de los Estados Unidos. El Partido Socialista, que ya venía radicalizándose en su actitud política desde mediados de la década de 1950, encontró en Cuba un modelo. En tanto, el Partido Comunista, si bien mantuvo su tradicional fidelidad a la Unión Soviética, también se vio conmovido, particularmente cuando el año 1960 se selló la alianza entre esta potencia y la isla de Cuba. La romántica posición de los dirigentes cubanos y, en especial, del Che Guevara, que culminaría con el intento revolucionario de este último en Bolivia, atraía a toda la juventud de izquierda. Más tarde, serían los propios jóvenes demócrata cristianos los conmovidos.

Estados Unidos, enfrentado al éxito de Fidel Castro y tras el torpe fracaso de Bahía Cochinos, se dio cuenta que había que impulsar una política de reformas profundas en Latinoamérica para lograr frenar la expansión del modelo cubano. Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso, vasto plan de reformas al cual Estados Unidos había de contribuir con 20.000 millones de dólares de entonces. El acento del nuevo plan se ponía en el apoyo a reformas agrarias en un continente en que la población era todavía mayoritariamente rural.

La candidatura demócrata cristiana se avenía muy bien con la nueva posición progresista de la Casa Blanca si consideramos que no sólo proponía reformas estructurales en la línea de la Alianza para el Progreso sino que, además, propugnaba una utopía alternativa a la cubano-marxista. Fue así como la postulación de Frei contó con la abierta simpatía del gobierno norteamericano

Con el lema de la "Revolución en Libertad", la candidatura de Eduardo Frei presentó un programa cuyo punto sustantivo era

precisamente una reforma agraria. A nivel nacional, el 9,7% de las explotaciones abarcaban el 86% de la tierra agrícola, en tanto que el 74,6% del total de propietarios rurales sólo disponía del 5,2% de la superficie agrícola, lo que configuraba un panorama de latifundio y minifundio. Con la reforma propuesta se pretendía lograr una mejor distribución de la tierra, expropiando parte de algunos latifundios mal explotados, creando cien mil nuevos propietarios agrícolas y otorgando a los campesinos el derecho a sindicalizarse, todo lo cual, se sostenía, debería permitir un considerable aumento de la producción en el agro.

El programa contemplaba también otras importantes medidas económicas: la llamada "chilenización" del cobre que permitiría que el Estado, mediante acuerdos, asumiera el control mayoritario en las empresas de la gran minería, calificadas como "la viga maestra" de la economía nacional y un plan habitacional destinado a la construcción de 60 mil viviendas anuales. En lo específicamente social, se contemplaba además un programa de "Promoción Popular", orientado a incentivar la participación ciudadana de los sectores de menores ingresos —en especial de los urbanos— y a mejorar su calidad de vida, y una reforma educacional tendiente a acabar con el analfabetismo y proporcionar a todos los chilenos un nivel de educación acorde con los requerimientos de una sociedad moderna. Finalmente, el programa propiciaba el otorgamiento del derecho a voto a los analfabetos y contemplaba un ambicioso plan de obras públicas que incluía el Metro de Santiago.

La candidatura de Salvador Allende, por su parte, presentó un programa de reformas más acentuadas, pero que estaba lejos de ser revolucionario al estilo cubano. También proponía una reforma agraria, pero, a diferencia de la demócrata cristiana, contemplaba el traspaso de tierras del área privada al área estatal. Contemplaba también el traspaso de la propiedad de las minas de cobre al Estado a través de una "nacionalización" de las mismas, proponía idéntica política respecto de la banca, agregando otras medidas como construcción masiva de viviendas, la democratización del Ejército, la reducción a 18 años de la edad mínima de los votantes y el derecho a voto a los analfabetos.

Como se puede apreciar, ambos programas ponían énfasis en la solución de los problemas sociales. Se puede decir, pues, que (excepción hecha de algunos grupos de derecha) había un amplio acuerdo nacional al respecto. Sin embargo, más allá de los programas, la pugna se planteó, en particular por la prensa de derecha, como una competencia entre democracia y dictadura marxista.

El apoyo derechista a Frei era una asunto complicado. Por una parte, prácticamente aseguraba el triunfo en las urnas pero, por otra, le quitaba credibilidad al contenido popular y revolucionario del programa de gobierno. Con el propósito de no perder el apoyo popular, el candidato afirmó por televisión que ni por un millón de votos cambiaría una coma de su programa, frase que algunos analistas estimaron desafortunada, pues contribuyó a la posterior rigidización de la vida política nacional y a hacer imposible un ulterior entendimiento del gobierno demócrata cristiano con un importante sector de la ciudadanía que había apoyado la candidatura de Frei.

Chile se dividió entre las dos candidaturas en un panorama que recordaba la elección del Frente Popular en 1938, pero aún más radicalizado. La campaña se dio en un clima de tensión aunque sin violencia. La candidatura de Frei vivió episodios emocionantes como la Marcha de la Patria Joven en que muchachos de todo Chile confluyeron en una gran concentración en el (entonces) Parque Cousiño de Santiago. La "V" de la victoria, realizada con los dedos de la mano derecha, que además simbolizaba el Nº 2 que Frei ocupaba en la cédula única, se transformó en emblema de triunfo.

Así se llegó al 4 de septiembre de 1964. Frei obtuvo una victoria aplastante: 1.409.012 votos, equivalentes al 56,09% del total de los votos emitidos. Salvador Allende, por su parte, obtuvo 977.902 sufragios, es decir, un 38,93%, en tanto que Julio Durán alcanzaba apenas 4,99% con 125.233 preferencias. El voto femenino fue particularmente importante en el triunfo de Frei: 744.423 mujeres votaron por él, hecho en el que pudo haber influido la raíz cristiana de su programa.

El Partido Demócrata Cristiano celebró alborozado la victoria. La derecha también recibió el triunfo de Frei con alivio, en particular por ver alejarse el fantasma de una dictadura marxista.

La prensa internacional otorgó gran importancia a la elección de Frei. Los diarios norteamericanos destacaron que el peligro comunista en Chile había sido detenido. Muchos diarios de América Latina dieron una interpretación similar. Distinto fue el caso de algunos periódicos europeos. El diario francés *Le Monde* destacaba que el programa de Frei era moderado, pero de avanzada y podía representar un riesgo para los intereses norteamericanos. Los diarios ingleses destacaron el fortalecimiento de la democracia chilena como primera consecuencia del resultado, llegando a comparar a Frei con Kennedy. Los italianos se felicitaban por el inicio del primer gobierno demócrata cristiano en América. Incluso en la España de Franco se recibió el resultado con alegría. Sólo el periódico soviético *Izvestia* atribuyó el resultado a la acción del imperialismo. El hecho fue que la prensa mundial destacó inusitadamente el triunfo presidencial de Frei, quizás por tratarse de la primera expresión de un experimento político prometedor para todo el Nuevo Continente y que se iniciaba en el país considerado como uno de los más maduros políticamente de Latinoamérica.

Pero no todo fueron buenos augurios y felicitaciones. Inmediatamente después de la elección se hizo notar cuál sería la actitud de la izquierda ante el nuevo gobierno. El FRAP declaraba que "habían adoptado la resolución irrevocable de realizar una política de oposición al gobierno del señor Frei". En tanto el senador Aniceto Rodríguez anunciaba que el Partido Socialista "le negaría la sal y el agua".

La belicosa actitud de la izquierda quedó clara al negarse a concurrir a la sesión del Congreso Pleno que debía proceder a la proclamación del Presidente electo, por lo que ésta fracasó por falta de quórum. Al día siguiente, no siendo ya necesario el quórum, se procedió a la proclamación.

Frei Presidente de la Republica

Recordaba Eduardo Frei que no se sintió un extraño en La Moneda cuando el 4 de noviembre de 1964 asumió el cargo de Presidente de la República, en un ambiente de alborozada esperanza. Al acto asistieron numerosas delegaciones de gobiernos extranjeros y de partidos demócrata cristianos de las más diversas partes del mundo. El nuevo mandatario recibió felicitaciones por millares.

Imperaba un optimismo general en quienes ponían sus esperanzas en el flamante gobierno que parecía abrir una gran oportunidad para Chile. El nuevo Presidente era un hombre joven, de inquebrantables convicciones democráticas, con una gran experiencia política y cuya seriedad, ponderación y patriotismo eran reconocidos por una inmensa mayoría. Su honestidad era intachable y se sabía que contaba con un gran equipo de colaboradores.

El gabinete con que inició Frei su gobierno estaba compuesto por militantes demócrata cristianos y algunos técnicos y profesionales de categoría que habían adherido a su candidatura. Lo encabezaba como Ministro del Interior, Bernardo Leighton y lo integraban Gabriel Valdés en Relaciones Exteriores; Sergio Molina en Hacienda; Domingo Santa María en Economía; Juan Gómez Millas en Educación; Pedro Jesús Rodríguez en Justicia; Juan de Dios Carmona en Defensa; Modesto Collados en Obras Públicas; Hugo Trivelli en Agricultura, Tierras y Colonización; William Thayer en Trabajo y Previsión; Ramón Valdivieso en Salud y Eduardo Simián en Minería.

Hemos visto que la "Revolución en Libertad" que ofrecían los demócrata cristianos comprendía una reforma agraria, con la creación de 100.000 nuevos propietarios agrícolas y la aprobación de una ley de sindicalización campesina; promoción popular, con el objeto de incrementar la participación de la comunidad en las organizaciones intermedias y de mejorar el nivel de vida de los

sectores más desposeídos; chilenización del cobre, en virtud de la cual el Estado asumiría el control mayoritario de la gran minería de este metal y lograría duplicar la producción y los ingresos de la industria cuprera en 6 años, así como aumentar la cantidad de metal refinado en el país en un 212%; construcción de 60.000 viviendas anuales; concesión de derecho a voto a los analfabetos y una reforma educacional a fin de lograr el acceso de todos los chilenos a una educación moderna y socialmente útil, acabando con el analfabetismo. Rápidamente el nuevo gobierno abordó estas tareas enviando al Parlamento una apretada agenda de proyectos legislativos destinados a implementar el programa.

Entre estas primeras iniciativas hay que destacar la renegociación de la deuda externa para reprogramar el calendario de pago de las amortizaciones, la supresión de los "bonos dólares" para impedir el incremento exagerado de las importaciones y el consiguiente déficit comercial, y la creación de un impuesto al patrimonio.

Sin embargo, existía un problema de fondo que representó un nuevo desafío inmediato para el Presidente Frei. La Democracia Cristiana no tenía mayoría en ninguna de las dos cámaras del Parlamento y no se podía contar con los votos de la izquierda ni de la derecha que —recordemos— había votado por Frei como un mal menor. Tampoco se trabajó la posibilidad de un acuerdo con el Partido Radical, con el cual —como hemos dicho— existían antiguas diferencias doctrinarias y políticas que se habían ahondado después del "Naranjazo" y el naufragio de la candidatura Durán. La perspectiva del tiempo parece indicar que la solución de este impasse político pudo haber sido un entendimiento con los radicales, camino que fue intentado por el Primer Mandatario, con la mediación de los políticos radicales Jacobo Schaulsohn y Enrique Silva Cimma, pero que fracasó por la actitud mesiánica del partido gobernante. La concepción entonces predominante de que cualquier transacción equivalía a una traición a los principios propios y la desafección de los radicales ante un partido tradicionalmente ligado a la Iglesia Católica y que se

conducía con particular soberbia fueron también factores que influyeron en que el entendimiento no se materializara.

Siendo éste el panorama, la solución al impasse (como en el caso de Ibáñez en 1953) era lograr un triunfo espectacular en las elecciones parlamentarias de marzo de 1965. Se trataba de conseguir ahora "un Parlamento para Frei".

Triunfo electoral de la DC. Proyeccion internacional de Frei

En medio de un entusiasmo delirante, en el mes de marzo de 1965, se efectuaron las esperadas elecciones de parlamentarios. Sus resultados significaron un triunfo aplastante de los demócrata cristianos y parecieron darles la razón en su decisión de no buscar alianzas. La ciudadanía brindó al Presidente recién elegido las armas para realizar su tarea dándole un apoyo electoral sin precedentes en nuestra historia durante el siglo XX. La Democracia Cristiana obtuvo 989.626 votos, el 42,3% del total de sufragios emitidos y eligió 82 diputados de un total de 147. Pero en la Cámara Alta, que se renovaba parcialmente, quedó sólo con 13 senadores y en clara minoría. Así, aunque el tercio necesario para gobernar por la vía del veto presidencial se completaba con varios senadores simpatizantes de Frei y su política, el gobierno no contaba con una holgada mayoría senatorial que le permitiera imponer sus revolucionarias reformas.

Los grandes derrotados en estas elecciones fueron los partidos Liberal y Conservador, que apenas alcanzaron a elegir 6 y 3 diputados respectivamente, lo que llevó a algunos sectores a creer que se trataba de la defunción de la derecha, olvidando que en política no hay nada definitivo. Se trataba solamente de un vuelco circunstancial de los electores de centro y de derecha hacia la Democracia Cristiana, hecho que podía revertirse en cualquier momento. Esto último, sin embargo, o no fue captado por los demócrata cristianos o, simplemente, prefirieron ignorarlo.

El cuadro legislativo de la época se completó con la derrota no catastrófica de la izquierda socialista y comunista que eligió 33 diputados, y con los 20 diputados que logró elegir el Partido Radical.

Un fuerte sismo que sacudió el centro-norte del país el 28 de marzo y que destruyó instalaciones, viviendas públicas y privadas, con su secuela de muertos, vino a terminar con la euforia.

Pero, en lo político, el camino parecía relativamente despejado para que Frei y su partido pudieran emprender la tarea impuesta.

La programada reforma agraria requería como paso previo reformar el artículo Nº 10 de la Constitución Política, relativo al derecho de propiedad. Este punto del programa sería el más conflictivo con la derecha, en especial con los conservadores, que se opondrían tenazmente a su aprobación. Los fuegos los abrió el 15 de mayo de 1965 la llamada Sociedad Chilena de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad —más conocida como Fiducia, que era el nombre de su revista— un grupo ultramontano que seguía las directrices del brasileño Plinio Correa de Oliveira. En una carta al Presidente declaraban a la propiedad privada un derecho natural instituido por Dios e inviolable. Rápidamente Fiducia recibió el apoyo de la Junta Ejecutiva del Partido Conservador, del presidente del Partido Liberal, la Sociedad Nacional de Agricultura, la Sociedad de Fomento Fabril, la Sociedad Nacional de Minería, la Cámara Central de Comercio y la Confederación de la Producción y del Comercio. En cambio, esta actitud de Fiducia era repudiada por organizaciones estudiantiles y de trabajadores, las que apoyaban el proyecto de reforma agraria.

Finalmente tras un intenso debate Frei manifestó: "O se hace la reforma agraria de la manera más racional, pero también de la manera más acelerada en este período, o se hará mañana de la manera más irracional e inconveniente para el país". Sin embargo, el largo y doloroso problema estaba sólo empezando. El Presidente firmaría el proyecto de ley de reforma agraria en el mes de noviembre.

Mientras se aprobaba la reforma constitucional sobre el derecho de propiedad y la nueva ley de reforma agraria, el proceso de reforma continuó llevándose adelante en conformidad a la ley aprobada durante el gobierno anterior, en 1962, y que era bastante generosa con los expropiados. Entonces se había creado también la Corporación de la Reforma Agraria (CORA), institución que en un comienzo fue poco eficaz pero que ahora se reactivó.

Como hemos dicho, el programa demócrata cristiano en Chile pretendía servir de modelo para otros países del continente. En conformidad con dicho objetivo el gobierno planificó una gira del Presidente Frei a varios países de América Latina y Europa, donde se le miraba con expectación. También se esperaba obtener del viaje convenios útiles para Chile. En el mes de junio de 1965 se iniciaba la gira presidencial. A Frei lo acompañaban su esposa, Raúl Sáez, Vicepresidente Ejecutivo de la CORFO y el Ministro de Relaciones Exteriores, Gabriel Valdés y en Europa se unieron al grupo su hija Carmen, su yerno Eugenio Ortega y su nieta María Paz. Hubo reuniones con los primeros mandatarios de Argentina, Uruguay y Brasil. Sin embargo lo medular de la gira se dio en Europa.

Eduardo Frei debe haber recordado su primer viaje a Europa, con sus estrecheces, durante los días en que fue agasajado en el año 1965. En Italia se entrevistó con el Presidente Saragat y con el Papa Paulo VI, con quien conversó sobre la reforma agraria, ratificándole de paso la orientación social cristiana de su gobierno. El pontífice lo trató con gran aprecio.

De Italia pasó a Francia donde sostuvo con el Presidente De Gaulle, entonces en el cenit de su popularidad, tres entrevistas. Asistió a una función de gala en la Opera de París y Versalles se engalanó para recibirlo. Tuvo también oportunidad de ver por última vez a Jacques Maritain. El filósofo, anciano y enfermo, vivía en un convento en Toulouse, pero invitado por De Gaulle, viajó en ambulancia hasta París, donde, con gran dignidad, tomó un taxi que lo condujo hasta la Embajada de Chile. Era una figura ascética y delicada que impresionaba hasta el punto que Luis

Hernández Parker, que era una persona fría, no dejó de exclamar "qué anciano más hermoso".

Frei se dio tiempo incluso para un recorrido por las orillas del Sena revisando los libros viejos que vendían los *bouquinistes*. Buscaba un ejemplar que no pudo encontrar. Al día siguiente lo recibió de regalo del Presidente De Gaulle.

Al final de la estadía se firmó una declaración conjunta en que se acordaba una serie de medidas relativas al fomento del comercio de materias primas y productos semielaborados de los países en desarrollo.

Entonces la comitiva presidencial viajó a Gran Bretaña. Allí Frei se entrevistó con el Primer Ministro Harold Wilson. Más emotivo ha de haber sido para él un paseo en carroza abierta por las calles de Londres junto con la Reina Isabel II y el banquete de gala en Buckingham Palace, donde estaba alojado. Visitó también el buque escuela Esmeralda entonces de paso en los *docks* londinenses y puso una ofrenda floral en Westminster sobre la tumba de Lord Cochrane. El inglés de Frei —quien no tenía facilidad para los idiomas, pero se empeñaba en hablar varios— debe haber sufrido una dura prueba en esos días.

La visita al Reino Unido también culminó en una declaración que más que acuerdos concretos expresaba el interés y apoyo del gobierno inglés a la experiencia chilena.

La gira culminó en Alemania donde Frei se entrevistó con el Presidente Lübcke, el Canciller Ludwig Erhardt, el alcalde de Berlín, Willy Brandt y el ex Primer Ministro Konrad Adenauer, quien lo recibió en su casa. En Alemania los acuerdos fueron más sustantivos, se abordaron diversos temas como la cooperación técnica, el intercambio comercial y diversos programas de ayuda. Chile suscribió en cambio una declaración de apoyo al derecho del pueblo alemán a la unidad de su territorio. Se anunció también la instalación en Chile de una fábrica de automóviles Volkswagen, la que no llegó a concretarse.

La prensa europea dio inusitada cobertura al viaje de Frei. Quedó bien impresionada con él como persona y, en general, auguró un gran éxito para su gobierno al que se catalogó como la esperanza de Latinoamérica.

De retorno en América el Presidente Frei realizó visitas oficiales a Venezuela y Perú donde se entrevistó con los presidentes Raúl Leoni y Belaúnde Terry, respectivamente. En Caracas tuvo la oportunidad de intercambiar un abrazo con su amigo de juventud Rafael Caldera.

Sin embargo ya en Chile, a pesar de una bienvenida masiva que terminó en su casa con la recepción de los lengüetazos de su boxer "Dicky", el Presidente se sumergió de nuevo en un mundo político difícil y conflictivo.

Si la reforma agraria era la espina de la derecha, la promoción popular lo era de la izquierda que veía en ella la posible pérdida de su influencia tradicional sobre vastos sectores de población urbana pobre, la que pasaría a apoyar a la Democracia Cristiana. Por otro lado, para la izquierda, el programa promocional demócrata cristiano era sólo un conjunto de propuestas reformistas que no llegaban al fondo de los problemas, los cuales, pensaban, serían resueltos realmente sólo por una revolución de inspiración marxista. Tampoco podía pues el gobierno contar con un apoyo en ese plano, al menos franco y decidido.

Sin embargo, es posible que el problema que más inquietara a Eduardo Frei a su regreso fuera la situación de su propio partido. En julio se reunió la Junta Nacional del Partido Demócrata Cristiano para elegir una nueva directiva pues concluía el período de Renán Fuentealba. Se perfilaron dos tendencias. Una, encabezada por Alberto Jerez, que propiciaba una mayor ingerencia partidaria en el gobierno, en tanto que la otra, conducida por Patricio Aylwin, estaba por un apoyo decidido al Presidente Frei. Se impuso la tesis Aylwin, pero ya se comenzó a perfilar una profunda brecha entre los demócrata cristianos.

En esas circunstancias se agitó de nuevo el debate sobre la reforma agraria. Mientras el gobierno recibía el apoyo del obispo de Talca, Manuel Larraín y del Cardenal Raúl Silva Henríquez, el Partido Conservador, en cambio, radicalizó su posición contraria. Una carta del Papa al respecto, que no era clara, fue utilizada por ambos bandos en pugna según sus propios puntos de vista. En febrero de 1966 Fiducia volvía a la carga y cinco meses después

aparecía otro documento con una verdadera declaración de guerra contra la reforma agraria.

Otros motivos de agitación en el segundo semestre de 1965 fueron dos problemas internacionales. El descubrimiento del llamado Plan Camelot, financiado por el Pentágono norteamericano y destinado a investigar sobre las perspectivas del terrorismo político en Chile y un incidente en la región fronteriza de Laguna del Desierto entre carabineros chilenos y gendarmes argentinos, donde resultó muerto el teniente de la policía nacional Hernán Merino. Sin embargo ambas situaciones fueron resueltas diplomáticamente, no sin la protesta de grupos nacionalistas que exigían una actitud más firme.

Llegó el verano de 1966, cuando todavía existía en el país un enorme apoyo al gobierno. Tal como el verano anterior, más de dos mil estudiantes universitarios se distribuyeron por Chile para realizar labores comunitarias, construir escuelas y prestar atención médica y dental. Poco después el Partido Demócrata Cristiano ganaba una elección complementaria de diputado por Valparaíso.

Pero en el mes de marzo un gravísimo hecho político golpeó al país. En el mineral de cobre de El Salvador sectores de trabajadores controlados por los partidos marxistas habían declarado un paro ilegal. Se dictó un decreto de reanudación de faenas y al reintegrase un grupo de trabajadores, éstos fueron agredidos. Las fuerzas policiales y militares que los protegían repelieron el ataque, produciéndose una lucha de proporciones en la que resultaron 7 muertos. El hecho era grave para Frei quien —recordemos— había renunciado como ministro por un caso que no era igual, pero sí parecido. La brecha con la izquierda se profundizó.

Otro frente conflictivo se abrió en el mundo universitario. Por primera vez en su historia los alumnos de la Universidad Católica de Chile hicieron una huelga de 24 horas contra la conducción autoritaria y conservadora de esa casa de estudios. Era el primer acto de un drama que estallaría el año siguiente.

El 22 de junio moría en un accidente automovilístico el obispo Manuel Larraín, como vimos, firme defensor de la Falange frente a los sectores conservadores de la Iglesia y después impulsor de

la reforma agraria. El hecho impactó profundamente al Presidente Frei que le tenía gran cariño y admiración y constituyó una pérdida importante para los sectores favorables al gobierno. Se perdía uno de los símbolos morales de la lucha por los cambios.

La vida familiar y cotidiana de Frei como Presidente

¿Cambió el hecho de ser Primer Mandatario la vida familiar y cotidiana de Eduardo Frei? Muy poco. Llegaba a La Moneda alrededor de las nueve y media de la mañana, pero ya había leído todos los diarios en casa. Luego dictaba a su secretaria Adriana Leiter, una gran trabajadora, documentos, discursos o las cartas más importantes, después los corregía cuidadosamente, perfeccionando la redacción con ayuda de Alvaro Marfán. Enseguida comenzaba con la apretada agenda de reuniones y entrevistas preparada por los edecanes. A eso de las dos de la tarde se iba a almorzar a su casa, todos los días, excepto cuando tenía almuerzos protocolares en La Moneda. Le gustaba la comida casera. Luego de una brevísima siesta, por lo general de no más de quince minutos, regresaba a palacio. Los minutos de sueño también los solía tomar en La Moneda —donde existía un dormitorio— cuando era el caso. Después del trabajo vespertino, que solía interrumpir para llamar por teléfono a su esposa cuando había una buena noticia o a su madre, a quien invariablemente saludaba "Salve Victoria", volvía a calle Hindenburg alrededor de las ocho o nueve de la noche. El regreso, a veces, lo hacía a pie conversando con un amigo, o solo, pero, generalmente, en su propio automóvil. Había adquirido, además del auto familiar, un pequeño FIAT 1100, en el que solía recogerlo su hijo Eduardo, en la puerta de la calle Morandé 80. Por el centro caminaba solo, aunque seguido a prudente distancia por dos funcionarios de Investigaciones.

Los lunes había consejo de gabinete. Frei lo dirigía con serenidad. Su costumbre era dejar hablar a los secretarios de Estado para después él recoger las mejores opiniones, sintetizar y tomar

decisiones. Su estilo era extremadamente deferente y sólo cuando algún ministro prolongaba mucho su exposición, una leve ironía brillaba en sus ojos.

En su casa dejaba de ser Presidente de la República y, si lo olvidaba, se encargaban de recordárselo su mujer e hijos que hacían causa común. El contaba que "eran las reglas de la democracia", lo que no impedía que su mal genio ocasional y algunos rasgos autoritarios en lo doméstico continuaran manifestándose. Conservó la costumbre de conversar después de comida con sus hijos y se mostraba abuelo chocho con los primeros nietos. Se acostaba a eso de las diez y media y siempre leía una o dos horas. Jamás usó somníferos y decía que su problema no era conciliar el sueño sino despertar en las mañanas. Incluso durante las peores crisis de su administración tuvo la suerte de no alterar ese ritmo vital.

Hombre refinado en su trato y lenguaje, siempre le había gustado la buena ropa y desde que su situación económica mejoró, vestía bien. En sus viajes compraba zapatos y camisas italianas y chaquetas y trajes ingleses. En Chile su sastre era Gerónimo García, uno de los mejores de ese entonces. Frei era hombre de sombrero, en una época en que esa prenda se estaba dejando de usar en las ciudades. A veces exageraba y se le veía con sombrero y de flamante terno en lugares rústicos. Pero siempre sabía escoger el lenguaje adecuado para dirigirse a cada persona. Cuando la Reina Isabel II de Gran Bretaña visitó Chile la recibió orgulloso en su vivienda de hombre de clase media. En cambio a Cantinflas lo invitó a tomar té en La Moneda, donde le presentó a su madre, que lo admiraba mucho.

En sus días de descanso, aunque disfrutaba del palacio presidencial de Viña del Mar, donde jugaba tenis y se bañaba en la piscina, también trabajaba en materias de gobierno, leía incansablemente de todo, meditaba y daba paseos. Intentó aprender a jugar golf, pero con escaso éxito. Los domingos y fiestas religiosas la misa era de rigor; comulgaba frecuentemente. Cuando estaba en Santiago, después de misa, iba a pasear a pie al cerro San Cristóbal, a veces solo, a veces con sus nietos. Esta costumbre la

conservaría hasta su muerte. Cuando se juntaba con amigos, colaboradores o en familia hacía gala de buen humor. Su facilidad para imitar a otras personas —rasgo que le venía desde la época escolar— provocaba explosiones de carcajadas, que él mismo coreaba. También era el primero en reírse de sus propios chistes, los que solía dejar sin terminar por esa causa. Como contrapartida, a veces exhibía rasgos depresivos, en particular, al parecer, los domingos en la tarde.

Su preocupación por Chile se manifestaba en múltiples rasgos. No se cansaba de repetir que había que plantar árboles, que el desierto ya estaba llegando a Santiago. Todos los días daba unos golpecitos al barómetro para ver si había posibilidades de la bienhechora lluvia.

Gustaba de conversar con los políticos jóvenes. Entre ellos, sus amigos predilectos fueron Raúl Troncoso, Claudio Orrego, Enrique Krauss, Patricio Rojas y su yerno Eugenio Ortega.

A diferencia de otros Presidentes anteriores, Frei viajó incansablemente por todo el país. Trató de llegar como Presidente a todos los lugares que había visitado como candidato.

En 1967, estando en la Presidencia de la República, vio la aparición de otro libro: *América Latina tiene un destino*, que contiene una selección de sus principales discursos e incluye algunos de los pronunciados cuando ya era Primer Mandatario.

Realizaciones y problemas

Junto con la reforma agraria, la promoción popular y las primeras medidas económicas, se iniciaron las negociaciones con las compañías norteamericanas propietarias de los grandes yacimientos cupríferos para llevar a cabo la "chilenización" del cobre.

En 1966 el Estado adquirió el 51% de las acciones de la compañía Kennecot, propietaria de la mina El Teniente, en un convenio que dejó contentas a las dos partes. También adquirió el 30% de la Andina y el 25% de la Exótica. Los acuerdos se perfeccionarían el año siguiente. Los norteamericanos lejos de ser despojados

obtuvieron buenas ganancias con el trato; a cambio de esto aportaron su *know how,* especialmente en la comercialización internacional del metal. Al mismo tiempo, se subían los impuestos a toda la gran minería de cobre y se iniciaba el programa de aumento de producción. El país se vio favorecido, además, durante estos años, por un alto precio del metal rojo en los mercados internacionales. Sus colaboradores dicen que nunca se le vio más contento durante la presidencia que el día en que firmó la chilenización del cobre. En esa ocasión se fundió en un abrazo con Alejandro Hales, su Ministro de Minería.

El plan de vivienda, que había sido uno de los éxitos del gobierno de Alessandri, se intensificó. No se alcanzaría la meta de 60.000 viviendas al año que se había propuesto el programa pero las cifras de construcción aumentaron considerablemente. Se creó el Ministerio de la Vivienda para dar atención preferente al problema habitacional. En total durante el gobierno de Frei se edificaron 260.000 nuevas viviendas; se entregaron 210.000 sitios con urbanización mínima, 50.000 de ellos con viviendas provisorias.

Pero junto con las realizaciones continuaban los problemas y surgían otros. Entre las nuevas dificultades estuvo la relativa al primer cambio de gabinete, en agosto de 1966, saliendo de éste Modesto Collados y realizándose algunos enroques. Más grave fue otro problema relacionado con la abolición de la ley de abusos de publicidad conocida como Ley Mordaza. Entre los que presentaban algunos reparos estaba el senador socialista Raúl Ampuero. Este fue atacado de inmediato, en forma descomedida, por el principal tabloide de prensa roja de ese entonces, el diario *Clarín,* de propiedad de Dario Sainte-Marie, quien se encontraba en Europa. Ampuero, furioso, lo esperó a la bajada del barco en que volvía, produciéndose un pugilato, frustrado por carabineros. En el incidente el gobierno trató de calmar los ánimos, pero la imagen fue que de algún modo amparó al periodista y a su pasquín. Por otra parte el Ministro de Economía fue acusado constitucionalmente por los radicales pero salió indemne. Las leyes de Juntas de Vecinos y Promoción Popular encontraron problemas

en el Senado, controlado por la oposición, y el gobierno tuvo que retirarles la urgencia. Una huelga bancaria afectó la economía del país por un mes. Un último problema, surgido en el segundo semestre de 1966, fue el referente a un decreto supremo que, sin hacerla obligatoria, facilitaba la enseñanza de la religión católica en los colegios fiscales. El proyecto fue impugnado en el Parlamento por legisladores comunistas y provocó la protesta de las iglesias evangélicas. Eran signos de tiempos agitados, los que se irían agudizando.

El año 1967 que se iniciaba se auguraba difícil, pero comenzó con un triunfo para el gobierno. La reforma a la Constitución, relativa al derecho de propiedad, fue promulgada en enero de 1967. En marzo siguiente se promulgó la Ley de Sindicalización Campesina y en julio lo sería la Ley de Reforma Agraria.

Con la nueva ley, la expropiación de las tierras constituía la primera acción del proceso de reforma agraria. Las principales causas de expropiación eran el exceso de superficie, la fragmentación excesiva, el abandono o mala explotación y la habilitación de nuevas tierras agrícolas. En el caso de exceso de superficie, se consideraba expropiable un predio agrícola cuya extensión fuera superior a las 80 hectáreas de riego básico, teniendo en cuenta las características especiales de cada región agrícola o ganadera. Dicha causal se fundamentaba en la necesidad de propiciar una más justa distribución de la tierra, impidiendo la formación de latifundios y fomentando otros tipos de propiedad económica y socialmente aceptables.

Para una etapa inicial y transitoria la Ley de Reforma Agraria establecía los asentamientos, que eran sociedades entre la CORA y los campesinos para la explotación de las tierras expropiadas hasta la asignación de la propiedad definitiva. Los asentamientos tenían como finalidad la explotación eficiente de las tierras, la preparación técnica de los asentados con el objeto de que asumieran sus responsabilidades de propietarios y empresarios agrícolas y la creación de cooperativas u otras formas de organización comunitaria. Finalmente la ley establecía que las asignaciones en propiedad definitiva podían efectuarse bajo las formas de propiedad

individual, propiedad familiar, cooperativa campesina o en copropiedad.

Pero la oposición se endureció. Un fuerte ataque contra el gobierno, y contra Frei en particular, vino del Senado donde se aliaron derechistas e izquierdistas para negarle el permiso de viajar a los Estados Unidos respondiendo a una invitación del Presidente Lyndon Johnson. Se trataba de una afrenta injustificada y reflejaba hasta donde habían llegado las pasiones políticas. Jamás había ocurrido algo similar durante la vigencia de la Constitución de 1925. Frei acató la negativa, pero muestra de su enojo fue el envío al Parlamento de un proyecto de reforma constitucional para autorizar al Presidente la posibilidad de disolver el Congreso por una vez durante su mandato. Sin embargo, el proyecto también fue rechazado.

En marzo se realizaron elecciones municipales y sus resultados electorales evidenciaron un desgaste del Partido Demócrata Cristiano. Del 42,3% de 1965 el PDC bajó a un 36%, en cambio, la izquierda subió su votación apreciablemente. Pero lo más notable fue que la derecha, que parecía moribunda en 1965, logró reafirmarse. El año anterior se habían fusionado los partidos Liberal y Conservador en una nueva agrupación llamada Partido Nacional y que se mostró, desde un principio, como menos democrática que sus antecesores. Su posición fue combativa.

Nuevas elecciones complementarias probarían las fuerzas de gobierno y oposición, porque 1967 sería un año funesto para algunos parlamentarios. Hubo muertes, expulsiones y desafueros. Dichas elecciones reflejaron una correlación de fuerzas que se iba inclinando lentamente hacia la oposición. Parte de la responsabilidad en la pérdida de popularidad del régimen fue la errada política de comunicaciones que, con la intención de recalcar los logros y las reformas, abusó de las cadenas nacionales de radio y televisión.

En tanto, la pugna en el Partido Demócrata Cristiano continuaba. En la Junta Nacional realizada en junio fue elegida una mesa, encabezada por Rafael Agustín Gumucio, opositora a la política oficial a la que tachaba de blanda y que exigía la

acaleración y profundización de las reformas. Ya estaba claro que dentro de la colectividad gobernante se habían ido perfilando tres posiciones. La oficialista que apoyaba la gestión gubernativa y entendía que la acción del partido se identificaba con la acción del gobierno de Frei. El sector rebelde, conducido por Rafael Agustín Gumucio y el presidente de la Juventud Demócrata Cristiana Rodrigo Ambrosio, que quería radicalizar el proceso de cambios y consideraba que la subordinación del partido al gobierno significaría anular y debilitar al PDC. Y un sector tercerista equidistante de los anteriores. El hecho es que con la elección de la nueva mesa directiva la posición del Presidente se veía debilitada dentro de su propio partido. Este fue el problema que más afectó anímicamente a Frei durante su mandato.

La izquierda marxista se radicalizaba, inaugurándose en Chile una oficina de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), organización creada en Cuba y que propiciaba la vía armada para hacer la revolución. Salvador Allende, entonces presidente del Senado, asistió a la sesión inaugural. Así, el Partido Socialista abría la puerta al violentismo de izquierda, el que aumentaría en los próximos años. Y la derecha, para no ser menos, también se endurecía en su oposición. En agosto, con motivo de otro incidente internacional con Argentina en la zona marítima austral chilena, el Partido Nacional emitía una fuerte declaración contra el gobierno, acusándolo de descuidar la soberanía nacional y debilitar a las fuerzas armadas y atribuyendo esa actitud a la tendencia "internacionalista" del PDC. Se iniciaba el acercamiento derechista hacia las instituciones castrenses, tendencia que también se fortalecería en los próximos años. La directiva del Partido Nacional fue encarcelada en virtud de la Ley de Seguridad del Estado, pero la Corte de Apelaciones de Santiago acogió un recurso de amparo y fue dejada en libertad.

Sin embargo, el ámbito donde las aguas se vieron más encrespadas durante 1967 fue el universitario. El movimiento, que ya se anunciaba desde el año anterior estaba, de manera vaga, conectado culturalmente con rebeliones estudiantiles que se producían por ese mismo tiempo en Europa y Estados Unidos.

Comenzó en la Universidad Católica de Valparaíso con una huelga de 50 días que buscaba reformas académicas y la democratización del plantel. Finalmente, contra la opinión del rector y del arzobispo Emilio Tagle, se aprobó el proceso de reforma. Pero el problema se agravaría al extenderse el conflicto a la Universidad Católica de Santiago. Los estudiantes, apoyados en un plebiscito y encabezados por Miguel Angel Solar —presidente de la FEUC y simpatizante demócrata cristiano— se opusieron a un reglamento aprobado apresuradamente en los organismos directivos del plantel, que entregaba al Consejo Superior la facultad de elegir nuevo rector. Además, los estudiantes se planteaban contrarios al carácter conservador y profesionalizante de la universidad, a sus mecanismos arcaicos y a su desvinculación del proceso de cambios que se vivía en el país. El 11 de agosto los alumnos se tomaron la universidad. La derecha y en especial la cadena periodística de *El Mercurio* reaccionó con escándalo ante la posible pérdida de uno de los bastiones conservadores del país.

Ante la intransigencia de las partes, el Vaticano designó como árbitro al Cardenal Raúl Silva Henríquez, quien se inclinó por la posición de los estudiantes, la que tenía antecedentes en un documento del episcopado latinoamericano, aprobado el año anterior en la ciudad de Buga, Colombia. Este documento se pronunciaba por la necesidad de reformas a las instituciones católicas de educación superior. La rectoría perdía así la batalla y el obispo Alfredo Silva, que detentaba el cargo, debió renunciar. Un proceso eleccionario llevaría a la rectoría al arquitecto Fernando Castillo Velasco.

El proceso conmovió a la opinión pública chilena y tendría enorme trascendencia nacional pues de los grupos de jóvenes que se enfrentaron en esta contienda nacerían dos partidos políticos que tendrían gran importancia en los próximos años. Los estudiantes rebeldes organizaron el Movimiento 11 de agosto del cual surgiría después el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), produciéndose el quiebre del Partido Demócrata Cristiano. Y entre los que se oponían a la rebelión surgiría el Gremialismo, encabezado por el estudiante de derecho Jaime Guzmán.

El Gremialismo proporcionaría gran parte de los cuadros políticos del futuro gobierno militar y Jaime Guzmán sería su principal ideólogo.

El gobierno se mantuvo al margen del conflicto, y aunque el Ministro de Educación adoptó una actitud de rechazo ante la toma de la sede de la Universidad Católica, el Ejecutivo no ocultó su satisfacción por el resultado final; aunque temiendo, como efectivamente ocurrió, que el proceso no terminara allí, sino que se extendiera a todos los planteles de educación superior, pero ahora dirigido por elementos más radicales. En la Iglesia Católica también hubo justificados temores sobre las repercusiones del desenlace del conflicto de la Universidad Católica en otras instituciones eclesiales.

El agitado clima de ese año culminaría en noviembre cuando el gobierno anunció que el reajuste de sueldos y salarios para 1968 se haría parte en dinero y parte en bonos destinados a fomentar el ahorro, los "chiribonos" como los bautizó la prensa de izquierda. La Central Unica de Trabajadores (CUT) controlada por el Partido Comunista convocó a un paro nacional. Este paro se realizó y aunque no fue total, hubo violencia y dejó un saldo de algunos muertos en incidentes. El proyecto de los bonos finalmente fracasó.

El ambiente político imperante en 1967 hacía inminente una grave crisis dentro del Partido Demócrata Cristiano. En esa crisis Frei sería actor principal.

Hacia la ruptura del Partido Democrata Cristiano. La aparicion de la violencia

No está demás recordar que la Democracia Cristiana no había estado en el gobierno con anterioridad, salvo como integrante minoritaria de coaliciones cuando aún era Falange Nacional. Ese es el primer factor que explica por qué —siendo, como lo era, un gran partido de centro con un fuerte componente doctrinario social cristiano— no hubiera tenido conflictos internos graves

hasta 1964. Pero cuando se trató de plasmar los principios doctrinarios en iniciativas específicas dentro de un programa de gobierno, afloraron y se profundizaron las tensiones internas. Concretar en la práctica un modelo teórico de sociedad demostró ser una tarea enormemente compleja. A esta dificultad debemos agregar otra: la permanente competencia de la utopía marxista, que vivía sus postreros años de gloria y esperanza. Sin la dura obligación de gobernar, los marxistas afilaron el arma de la crítica y esbozaron —buenas o malas, como después podría verse— muchas de las soluciones concretas a los problemas para los cuales el comunitarismo de los demócrata cristianos no tenía respuesta. Esto determinó que muchos de ellos, en especial los jóvenes, se sintieran atraídos hacia el marxismo en su afán de realizar los cambios estructurales que anhelaban introducir en la sociedad chilena.

Como hemos visto, el mismo Frei había sido un inconformista y un luchador impaciente contra las lacras tradicionales de Chile. Pero ahora, desde el cargo de Presidente de República, su buen sentido le indicaba que no era posible ir tan rápido como muchos de sus camaradas querían. Por lo demás —desde siempre— había rechazado las soluciones socialistas y el marxismo.

A comienzos de 1968 se produjo la primera de las crisis entre los sectores oficialistas y rebeldes a raíz de la renuncia a cargos de gobierno de Pedro Felipe Ramírez y Jacques Chonchol, ambos del sector rebelde, por desaveniencias con el Ministro de Economía, de línea oficialista, Edmundo Pérez Zujovic. El 6 de enero se realizó una junta extraordinaria del PDC en Peñaflor y la mesa del partido, presidida por Gumucio, dio su apoyo a Ramírez y a Chonchol en un abierto desafío al gobierno. Entonces Frei, que llegó hasta el lugar, manifestó: "Nunca me ha quitado el sueño el enfrentar a mis enemigos, pero tener problemas con mi propio partido me desconcierta y me impide trabajar". Pidió que la Democracia Cristiana se definiera si estaba o no con el gobierno. La discusión se hizo áspera y tras una nueva y dramática intervención del Presidente de la República, se procedió a votar las cuestiones controvertidas. Venció la posición de Frei

y Gumucio renunció a la presidencia del partido, eligiéndose una mesa oficialista encabezada por Jaime Castillo. Sin embargo, en medio de un griterío y entre amenazas, se retiró de la reunión la mayor parte de la juventud demócrata cristiana. En el mes de julio siguiente, parte de estas amenazas comenzarían a cumplirse, cuando el presidente saliente Rodrigo Ambrosio pronunció un agresivo discurso contrario al gobierno. La nueva directiva de la juventud, elegida entonces y conducida por Enrique Correa, siguió en la línea rebelde.

Después de la junta extraordinaria de Peñaflor, Frei reestructuró su gabinete pasando Pérez Zujovic a la cartera del Interior, ya con fama de ministro de hierro. La directiva del partido sufriría una nueva modificación en el mes de agosto al ser reemplazado Jaime Castillo por Renán Fuentealba, en lo que se pretendía fuera una mesa de consenso. El panorama político interno del Partido Demócrata Cristiano pareció calmarse entonces transitoriamente.

Pero problemas de otro tipo vinieron a afectar la marcha de los planes socioeconómicos del gobierno. El año 1968 fue uno de los más secos del siglo en Chile. Este fenómeno, que Frei calificó de "terremoto silencioso", causó un grave daño a la agricultura, poniendo más tensión en un mundo ya conmovido por la reforma agraria.

Más preocupante, sin embargo, fue la extensión a nivel nacional de la violencia social y política que recibió un poderoso impulso a partir de los acuerdos del Partido Socialista de apoyo a la OLAS y del triunfo del sector socialista encabezado por Carlos Altamirano en el Congreso de Chillán de 1967, en el que se impuso la tesis de la legitimidad de la lucha armada como vía para conquistar el poder y realizar la revolución socialista.

En 1968 la rebelión universitaria se extendería a las universidades estatales manifestándose en una ola de huelgas. La Casa Central de la Universidad de Chile fue tomada. Se inició además una espiral de violencia en los campos, con ocupaciones de fundos que terminaban a veces en enfrentamientos armados. El terrorismo político hizo su aparición. Se colocaron bombas en

edificios de propiedad del gobierno norteamericano, diarios de oposición y sedes de partidos políticos.

En la Universidad de Concepción en 1967 había nacido, entre jóvenes ex-militantes socialistas, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Rápidamente la nueva agrupación, abiertamente partidaria de los métodos revolucionarios violentos y que mostraba una imagen romántica, evocadora de la lucha y muerte del Che Guevara, ocurrida ese año, se fortaleció. Se realizaron combativas marchas por las calles de Concepción que terminaron en enfrentamientos físicos con carabineros. Comenzaron los asaltos a bancos y en Santiago se produjo el incendio intencional de la fábrica de televisores SABA, en poder de sus obreros dirigidos por extremistas.

Por otra parte, la derecha también continuaba con su polarización. En la directiva del Partido Nacional fue reemplazado el moderado Víctor García Garzena, por Sergio Onofre Jarpa, un hombre con fama de duro y autoritario. Fue sin embargo un ataque proveniente de los sectores integristas, en particular de Fiducia, lo que resultó más odioso para el Presidente. A fines de 1967 se publicó en Buenos Aires el libro, escrito por un brasileño, *Frei el Kerensky chileno,* en el cual se acusaba al Presidente de Chile de pavimentar el camino al comunismo en el país. Con amplio financiamiento, el escrito se reimprimió varias veces en los meses siguientes y, en 1968, se repartió gratuitamente entre sectores de derecha y de clase media. Se trataba de un ataque que, por su misma audacia, produjo el efecto deseado entre el público al que estaba dirigido.

Logros economicos y sociales del gobierno de Frei

No obstante, a pesar de los problemas, la administración Frei continuaba mostrando empuje y el programa se seguía llevando adelante. En 1968 pudo ser aprobada la Ley de Juntas de Vecinos, elemento central de la promoción popular. Por otra parte, la organización sindical chilena amplió el número de sus afiliados

de 270.542 en 1964 a 533.713 en 1969, llegando a abarcar más de 19% de la masa laboral chilena, siendo muy importante en este crecimiento el aumento de las organizaciones campesinas. Además, se crearon centros juveniles, centros de madres y una central relacionadora de éstos (CEMA) que agrupó a más de 450.000 mujeres en 9.000 centros. En total, durante todo el gobierno Frei, se constituyeron más de 20.000 grupos de acción comunitaria.

A partir de 1965 se había puesto en marcha la reforma de la educación cuyos objetivos centraies eran posibilitar el acceso igualitario al sistema educacional y que la permanencia en él no dependiera de la situación económica de los alumnos. También se intentaba integrar a los educandos a la comunidad y a las necesidades del desarrollo nacional a través de una enseñanza que preparara para el trabajo y en la que el alumno participara creativamente.

Entre 1964 y 1970 la educación básica, que se extendió de 6 a 8 años, tuvo una tasa de crecimiento acumulativo anual cercana al 6%, de modo que casi se duplicó la matrícula. Los alumnos de enseñanza media aumentaron de 139.200 en 1964 a 332.000 en 1970, lo que significó una tasa de crecimiento anual superior al 20%. La enseñanza técnico-profesional también creció del 25% del total de la educación media que representaba en 1964 al 32% en 1970. La incorporación al sistema educacional de alumnos de escasos recursos fue posible gracias a la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas. Se dictó además la Ley de Guarderías Infantiles para atender a más de un millón y medio de niños de 1 a 6 años. Durante el gobierno de Frei el presupuesto de educación representó más de un 20% del presupuesto fiscal total y se edificaron más de 3.000 nuevas escuelas. No obstante, este gran esfuerzo no fue suficiente y los problemas educacionales subsistieron.

En salud, nuevos hospitales (56 hacia 1970) permitieron duplicar el número de camas; se aumentó en más de 80% la entrega de leche en el programa materno infantil; la mortalidad general bajó de 11 por mil a 8 por mil y la mortalidad infantil de 103 por mil a 79 por mil, entre 1964 y 1970.

En el campo laboral, se dictaron leyes sobre seguro de accidentes del trabajo y enfermedades profesionales, sobre medicina curativa y revalorización de pensiones. El número de empleados acogidos a previsión aumentó, llegando en 1970 a un 55% y el número de sindicalizados de 270.000 trabajadores subiría a 550.000.

En el orden económico, se había creado en 1965 la Oficina de Planificación Nacional (ODEPLAN), con el propósito de organizar coherentemente la actividad económica a nivel nacional y —especialmente— a nivel regional. También se había dado vida, a través de CORFO, a un plan frutícola nacional que permitió iniciar la plantación de frutales en gran escala. Se nacionalizó la Compañía Chilena de Electricidad; se creó la Comisión Chilena de Energía Nuclear; se adquirió el control de la Compañía de Teléfonos; se creó la Empresa Nacional de Televisión con una red que llegó prácticamente a todo el país; se amplió la capacidad productiva de la usina de Huachipato de 620.000 toneladas de acero a un millón; mediante un acuerdo con la Dow Chemical se instalaron plantas petroquímicas en la zona de Concepción; se construyó el túnel de Lo Prado que acortó el camino de Santiago a Valparaíso; se amplió y reparó la red caminera del país. En materia de comercio exterior, el país pasó a tener un saldo positivo, lo que no ocurría desde hacía muchos años, lo cual, junto a un adecuado manejo financiero, permitiría que al terminar el período gubernativo de Frei existieran en el Banco Central reservas por cerca de 500 millones de dólares de la época.

En fin, ese mismo año 1968 se avanzaba decisivamente en otras materias. Obras públicas largamente postergadas avanzaron, en especial la carretera norte-sur que cruza Santiago. También se tomó la decisión, que después se ha mostrado trascendental, de iniciar inmediatamente la construcción del Metro de Santiago.

Es así que los proyectos fundamentales del programa de gobierno de 1964 marchaban exitosamente pese a las dificultades políticas.

Para Frei el año concluyó con una exitosa gira por Brasil.

La politica internacional

Cuando Eduardo Frei fue elegido Presidente, Chile era un actor relativamente menor y poco importante del concierto interamericano. Durante los primeros años del nuevo gobierno el esfuerzo se concentró —como hemos visto— en consolidar vínculos políticos y económicos con Europa, incluyendo la URSS, con la que se reestablecieron relaciones en 1964, presentándose el modelo chileno como una posibilidad para todo el continente. Como vimos, Estados Unidos había apoyado a la "Revolución en Libertad" desde el primer momento.

Durante los años 1964-1970 la imagen exterior de Chile se consolidó y el país se fue transformando en un actor de primera línea en el continente. Eduardo Frei fue siempre un decidido impulsor de la integración como camino para superar el subdesarrollo de esta zona del mundo. Su preocupación al respecto hizo que a poco de iniciar su gobierno, en enero de 1965, solicitara a cuatro notables economistas, Raúl Prebisch, José Antonio Mayobre, Felipe Herrera y Carlos Sanz de Santa María, la preparación de un proyecto para establecer "la institucionalidad que impulse la creación de un Mercado Común Latinoamericano". Pero esta iniciativa resultó infructuosa.

En esas circunstancias se optó por otra vía. En agosto de 1966, después de conversaciones preliminares, los presidentes de Colombia, Venezuela y Chile, reunidos en Bogotá, aprobaron la formación de un mercado común regional que incluía a los países andinos aunque dentro de los marcos de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC). Con motivo del nacimiento de este convenio subregional Eduardo Frei pronunciaría, en Colombia, uno de los discursos más notables de su vida, y que después aparecería publicado en la recopilación titulada *América Latina, opción y esperanza*, en el año 1967.

El pacto subregional vendría a materializarse, tras complejas negociaciones, en el llamado Acuerdo de Cartagena entre

Colombia, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela, que se firmaría recién en mayo de 1969 y sería ratificado por los países signatarios en los meses siguientes. Después lo suscribiría Bolivia.

Un segundo paso concreto en la línea integracionista y americanista fue el llamado Consenso de Viña del Mar, donde los cancilleres latinoamericanos, en el mes de mayo de 1969, acordaron una reordenación de sus relaciones con Estados Unidos tomando distancia frente a la potencia del norte tras el fracaso de la Alianza para el Progreso, abandonada por el gobierno de Johnson.

La nueva política tendría su manifestación más importante en la acción de la CECLA (Comisión Especial Coordinadora Latinoamericana) cuyo vocero más significativo fue el Canciller chileno Gabriel Valdés.

También el año 1969 y dentro del nuevo contexto, se buscó un acercamiento con Cuba en el plano económico, quebrando así el embargo acordado hacia la isla por los países latinoamericanos. Pese a la oposición de Estados Unidos la iniciativa se llevó adelante. Sin embargo, no se intentó un restablecimiento de relaciones diplomáticas.

Un postrer éxito internacional del gobierno de Eduardo Frei fue la Declaración de Buenos Aires (junio de 1970) que abriría la negociación definitiva para solucionar el problema del Canal de Beagle y que concluiría —con dificultades pero de modo satisfactorio para Chile— años después.

Los ultimos años de la administracion Frei

El año 1969 trajo varios acontecimientos fundamentales para el gobierno de Frei y la historia de Chile. Al aproximarse las elecciones parlamentarias de marzo de 1969, los partidos de izquierda a través del Comando Nacional de Trabajadores, ordenaron un paro general de protesta para los días 8 y 9 de enero que provocó disturbios en distintos puntos de la capital. Días después, grupos de terratenientes bloqueaban la carretera del sur

del país como forma de presionar al gobierno para que subiera el precio del trigo.

Las elecciones parlamentarias de 1969 alteraron el panorama político formal. El Partido Demócrata Cristiano experimentó una baja de cerca del diez por ciento en relación a 1965, logrando sólo 31,1% de los sufragios. A pesar de ello siguió siendo el partido mayoritario de Chile. Más importante fue el repunte de la derecha, unificada en el Partido Nacional, que empinó su votación al 20,9%. También aumentaron significativamente su representación los partidos Socialista y Comunista.

La tensión política recrudeció después de las elecciones con motivo de una toma de terrenos en Puerto Montt por parte de grupos de familias sin casa alentados por un parlamentario del Partido Socialista. Se ordenó el desalojo, produciéndose un enfrentamiento entre pobladores y policías que dejó ocho muertos y cerca de medio centenar de heridos. Los partidos de oposición culparon de los hechos al Ministro del Interior Edmundo Pérez Zujovic. También la juventud demócrata cristiana culpó al gobierno de la "masacre", signo del antagonismo existente entre los distintos grupos del PDC.

Efectivamente, después del 1º de mayo de 1969, la pugna al interior de la Junta Nacional demócrata cristiana se agudizó. Con miras a las elecciones presidenciales de 1970, se confrontaron, por un lado, los votos políticos de rebeldes y terceristas que propugnaban el apoyo de todos los partidos populares a un candidato presidencial único, que incluso podría no ser demócrata cristiano y, por otro, los votos del oficialismo que planteaban la proclamación dentro de 60 días de un candidato propio. Esta última moción fue aprobada por 233 votos contra 215. Ambos votos rechazaban todo entendimiento o acuerdo con la derecha. Jaime Castillo volvió a ser presidente del PDC. Entonces los rebeldes, con Gumucio, Jerez, Chonchol y otros a la cabeza, abandonaron el partido para formar el Movimiento de Acción Popular (MAPU) y unirse a la izquierda. De nada habían servido las permanentes concesiones para mantener la unidad. Frei resintió el quiebre, sintiéndose incomprendido y casi traicionado. Sin embargo

tenía claro que era mejor tener afuera que adentro del partido a un grupo que se oponía al gobierno.

El 18 de septiembre de 1969 un nuevo actor, decisivo en un futuro cercano, hacía su entrada en escena. Con ocasión de los honores que debían rendirse al Presidente de la República en su trayecto al Tedéum en la Catedral de Santiago, el 18 de septiembre, los efectivos del Regimiento Yungay habían llegado con manifiesto retraso. La Comandancia del Ejército ordenó la investigación correspondiente. Pocos días después se comunicaba que seis oficiales habían sido llamados a retiro.

Pero el problema de fondo eran los bajos sueldos de la oficialidad. Fue así como en el norte del país se produjo otro foco de rebeldía. Su inspirador fue el general Roberto Viaux, quien desempeñaba las funciones de Comandante de la Primera División del Ejército con sede en Antofagasta. Viaux había dirigido una carta al Presidente de la República en que pedía la renuncia del Ministro de Defensa y del Comandante en Jefe del Ejército. Fue llamado a Santiago, pero llegando a la capital se autoacuarteló en el Regimiento Tacna con un numeroso grupo de oficiales.

Al conocer la situación el Ejecutivo decretó estado de sitio. Concurrieron a La Moneda a expresar su solidaridad con el gobierno los integrantes de las mesas directivas del Senado y de la Cámara de Diputados, el presidente de la Corte Suprema, los rectores de las universidades, las directivas de los colegios profesionales, la CUT y la Confederación de la Producción y el Comercio (por una vez de acuerdo) y la jerarquía de la Iglesia Católica.

Encontrarse ante un posible cuartelazo militar fastidió a Frei. Como hombre superior y que presidía un gobierno que pretendía reformas trascendentales, lo afectó el tener que enfrentar ahora un motín militar, fenómeno común en el mundo político latinoamericano, pero que se creía imposible en Chile. Quizás lo hizo meditar el hecho de que otro gran Presidente innovador del siglo XX chileno, Arturo Alessandri, debió lidiar con problemas parecidos. Pero había que enfrentar la situación. El Ejecutivo ubicó

una serie de unidades militares en las cercanías del regimiento Tacna e inició conversaciones con Viaux, quien finalmente entregó el mando del regimiento. Además envió una nota al gobierno dejando constancia de su lealtad al Presidente de la República y advirtiendo que el movimiento era "netamente militar y profesional", una frase de significado un tanto vago. Lógicamente debieron renunciar el Ministro de Defensa y el Comandante en Jefe del Ejército, quien fue sucedido por el general René Schneider. No habían sabido prever la situación o no habían informado correctamente de ella al Presidente de la República.

A estos hechos vino a sumarse pocos días después una huelga del Poder Judicial chileno que exigía un aumento de remuneraciones. Pero el conflicto fue superado con relativa rapidez y el 4 de diciembre todos los funcionarios se reintegraron a sus labores.

En cuanto a la marcha del programa en los últimos años del gobierno, en 1969 se inició una segunda fase de la política del cobre caracterizada por la "nacionalización pactada" de los minerales de Chuquicamata, Salvador y Potrerillos. El Estado chileno adquirió el 51% de las acciones pertenecientes a la Anaconda, quedando establecida la adquisición del 49% restante a contar de diciembre de 1972. Las inversiones que se hicieron en el cobre entre 1965 y 1970 superaron los 760 millones de dólares. Con ellas subieron los índices de producción hasta aproximarse al millón de toneladas. También se aumentó la capacidad de refinación del cobre en Chile, que subió de 390 mil toneladas en 1964 a 750 mil toneladas en 1970. Finalmente, la Corporación del Cobre (CODELCO) pasó a controlar la comercialización de ese metal.

El producto nacional de Chile subió, en el sexenio 1964-1970, en un promedio de 3,5% anual. Cifra que sin ser alta fue mejor que los promedios de los gobiernos de Alessandri, Allende y de la dictadura militar.

La reforma agraria también seguía su curso. Hasta 1970 se verificó la expropiación de 1.406 predios con un total de 3.400.000 hectáreas y el sector reformado recibió asistencia técnica y apoyo crediticio, lo que redundó en un incremento de la producción agrícola, que subió de 1.762 millones de escudos en 1964 a 1.993

millones de escudos en 1970 (en millones de escudos de 1965). Por otra parte, gracias a la Ley de Sindicalización Campesina, de los 24 sindicatos que existían en 1964 se llegó a 413 en 1970 con más de 114.000 trabajadores afiliados.

Pero los conflictos originados en la aplicación de la reforma agraria fueron agudizándose. Los campesinos, deseosos de acelerar el proceso, en algunos casos procedieron a ocupar las casas patronales y los predios y, por otro lado, los propietarios dificultaron la ejecución de la ley despidiendo trabajadores sin causal justificada o impidiendo la toma de posesión de los predios recurriendo, incluso, a la violencia. Por lo general las expropiaciones se hicieron con criterio técnico y ciñéndose a la ley, pero frecuentemente se acusó de abuso a la CORA y posiblemente más de alguna vez lo hubo.

Después la derecha ha insistido que la reforma agraria fue un proceso inútil y nocivo y para probarlo aduce varias razones: que la economía del país desde la década de 1930 no dependía del mundo del agro, que no significó un mejoramiento en la eficiencia, que los campesinos que llegaron a ser propietarios no supieron transformarse en empresarios agrícolas y perdieron sus tierras, que fomentó la espiral de la violencia. Acusaciones que reflejan sólo parte de la verdad. La modernización del agro chileno —en todos sus aspectos, no sólo los económicos, sino también los sociales y culturales— sin duda recibió, aunque a mediano plazo, un fuerte impulso con la reforma agraria. Esta determinó un mejoramiento de la productividad agrícola pues cambió el cultivo extensivo tradicional por el cultivo intensivo, aunque los nuevos propietarios terminaran siendo sólo parcialmente los antiguos campesinos. Además dignificó al campesino al terminar con el sistema casi feudal del inquilinaje que se arrastraba desde la época colonial, permitiéndole entrar en la modernidad. La violencia rural aumentó, pero nunca se desbocó como en tantas otras reformas agrarias, como por ejemplo, la que llevó adelante la Unidad Popular después de 1970. La producción —también a diferencia de aquélla— no disminuyó.

POLARIZACION DEL MUNDO POLITICO CHILENO

Empezaban para Frei los días difíciles que todos los presidentes han vivido cuando se aproxima el término de su mandato y empieza la lucha por la sucesión.

Como ya se ha visto, tres tendencias políticas muy marcadas venían planteándose con progresiva nitidez en la vida política chilena. En el curso del gobierno de Eduardo Frei estas tendencias maduraron intelectual y estratégicamente. Sus modelos de sociedad llegaron a formularse en términos tan excluyentes que, inevitablemente, plantearían un dilema casi imposible de resolver.

En la izquierda, el Partido Comunista, llamaba a formar una Unidad Popular que incluía además a radicales, socialistas, socialdemócratas, USOPO y al grupo rebelde de la DC. Esta estrategia se vio favorecida con la renuncia de los dirigentes rebeldes demócrata cristianos al partido en mayo de 1969 y la formación del MAPU, así como con la división del Partido Radical, uno de cuyos sectores se plegó a la coalición de izquierda. La candidatura de la izquierda tendría incluso el apoyo de un sector de la Iglesia Católica y que era conocido como cristianos por el socialismo.

Los distintos grupos que conformarían la alianza se propusieron lograr primero un acuerdo en torno a un programa de gobierno y postergar el difícil problema de la designación del candidato común. Dos fueron los ejes del programa: en lo político se reemplazaría el sistema bicameral existente, por una cámara única que se llamaría Asamblea del Pueblo. En el terreno económico, postulaban el establecimiento de tres áreas económicas: una estatal, una mixta y una privada. Se trataba de una clara aproximación al esquema de las democracias populares y socialismos centralizados.

Después de una difícil y larga negociación, en la segunda quincena de enero de 1970, una vez más, Salvador Allende surgió como candidato de la alianza denominada Unidad Popular (UP).

En la derecha, el Partido Nacional afirmaba que en lo económico se requería de una profunda transformación que reemplazara

la mentalidad anticuada y rutinaria por un concepto dinámico y audaz de la política económica, de la administración de la empresa y de las relaciones entre empresarios, trabajadores y consumidores. De hecho se postulaba un liberalismo acentuado. Pero el Partido Nacional no era el grupo políticamente más dinámico de la derecha. Ya vimos que, hacia mediados de la década de 1960, se había formado en la Universidad Católica un grupo de jóvenes contrarios a la reforma universitaria y que bajo el lema del apoliticismo —eran conservadores— sustentaron inicialmente posiciones cercanas al franquismo. Era el Gremialismo que rápidamente reclutó a la mayor parte de la juventud de derecha.

No obstante, la derecha carecía de líderes, excepto Jorge Alessandri. Por eso, a pesar de que el ex-Presidente, como había sido su costumbre, no aceptaba oficialmente la candidatura, la opinión pública la daba por un hecho. Ella se oficializaría en las últimas semanas de 1969.

En el centro político, el Partido Demócrata Cristiano había manifestado prematuramente su preocupación por las elecciones de 1970. Por un acuerdo tácito desde 1964 se daba por descontado que el candidato sería Radomiro Tomic, decisión sobre la que se debió reflexionar un poco más a la luz del panorama político electoral y con miras a conquistar los votos de la clase media moderada. Tomic, que en julio de 1969 había aceptado privadamente la candidatura, la que se oficializó en agosto, había exigido para aceptar su nominación un programa presidencial anticapitalista, nacionalización por ley de lo quedaba en manos extranjeras de la gran minería del cobre, una directiva del partido integrada y monolítica y, finalmente, una alianza con la izquierda marxista. Pero este último punto fue reiteradamente rechazado por aquélla por lo que el Partido Demócrata Cristiano debió enfrentar solo la contienda electoral. De este modo, la elección se dio ahora entre los verdaderos tres tercios en que se dividía el abanico político chileno y nuevamente el centro y la izquierda se planteaban con propuestas de cambios sustanciales y programas parecidos, pero en posiciones antagónicas.

Aunque amigos de toda una vida, a Frei no le agradó la candidatura de Tomic la cual se planteaba no como una continuación de su gobierno en las grandes líneas, sino como una clara ruptura o, en el mejor de los casos, una segunda etapa de cambios muchos más radicales. Hombre equilibrado y moderado, sin complejos por ser una persona de centro, Frei en definitiva recelaba del programa de Radomiro Tomic, político de discurso brillante y con muchas cualidades intelectuales y humanas, pero con poco sentido de la realidad. Resulta interesante preguntarse qué hubiese ocurrido en Chile si Frei hubiera logrado imponer como candidato demócrata cristiano a un hombre más cercano a su postura moderada y que pudiera haber atraído a otras fuerzas políticas como el Partido Radical e independientes de clase media y que probablemente hubiera triunfado en las elecciones de 1970. El hecho es que no lo logró. En esas circunstancias Frei apoyó a Tomic.

La campaña presidencial fue tensa. Los tres candidatos recorrieron el país y terminaron sus trabajos electorales con multitudinarias concentraciones en la capital. En esta campaña no faltó la violencia. Por su parte, el Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider declaraba en mayo de 1970 que el país y las Fuerzas Armadas respetarían el resultado de la urnas fuese el que fuese. Los postulados enunciados por el Comandante en Jefe del Ejército serían conocidos posteriormente como Doctrina Schneider e identificados como una adhesión incondicional de las Fuerzas Armadas a la Constitución.

Las elecciones presidenciales del 4 de septiembre de 1970 dieron la primera mayoría a Salvador Allende con 1.070.334 votos, un 36,2% del electorado, seguido de Jorge Alessandri, quien acumuló 1.031.159 sufragios, es decir, 34,9%. En tercer lugar, Radomiro Tomic reunió 821.801 preferencias que significaban el 27,8% del total de votos. Para la derecha y el mundo de clase media esto significó un terremoto. Se produjo pánico y huyeron del país personas y capitales.

Como ninguno de los candidatos obtuvo la mayoría absoluta correspondía al Congreso Nacional elegir al Presidente entre las

dos primeras mayorías relativas. La Democracia Cristiana, siguiendo una tradición cívica siempre respetada, decidió apoyar a Allende, ganador en las urnas, condicionando sus votos a la aceptación por parte de éste de un Estatuto de Garantías Democráticas que se incorporaría al texto constitucional. Frei habló personalmente, varias veces, del asunto con Allende. Se pretendía con el Estatuto mantener el pluralismo político, las garantías constitucionales, la vigencia del Estado de derecho, la neutralidad de las Fuerzas Armadas y su carácter de garantía de convivencia democrática, el respeto a la libertad de enseñanza, a la autonomía universitaria y a la libre existencia de las organizaciones gremiales y sindicales.

El proyecto fue presentado a la Cámara de Diputados el 8 de octubre de 1970 y fue aprobado el día 15, incluyendo los votos de la izquierda triunfadora y el de Salvador Allende. Fue ratificado de acuerdo con el procedimiento constitucional 60 días después. En esas circunstancias la Democracia Cristiana apoyó a Allende en el Congreso. La derecha, aunque reiteradamente había proclamado que quien obtuviera la primera mayoría relativa debería ser Presidente de Chile, no votó por Salvador Allende. Al parecer nunca se había imaginado que no sería su propio candidato el triunfador en la votación popular.

Durante el período previo a la ascensión al mando de Salvador Allende, otro hecho vino a conmover a la ya convulsionada opinión pública del país: el asesinato del general René Schneider. El Comandante en Jefe del Ejército fue atacado en su vehículo el 22 de octubre de 1970, cuando se dirigía a su despacho en el Ministerio de Defensa, quedando gravemente herido y falleciendo 72 horas después. Las investigaciones realizadas permitieron establecer que tanto los ejecutantes como los ideólogos pertenecían a un grupo de extrema derecha. Su intención había sido evitar que Allende asumiera la Presidencia de la República, precipitando un golpe militar.

El triunfo de Allende significaba el fracaso político del gobierno de Frei quien, por otra parte, dejaba el mando con un enorme prestigio personal y un gran respeto de la mayor parte de los

chilenos. Había conciencia generalizada de que si la Constitución de 1925 hubiera permitido la reelección, Frei hubiera continuado siendo Presidente. Pero ahora parecía que quienes —desde la derecha— le habían acusado de preparar el camino al marxismo podían haber tenido razón, aunque en el triunfo de la UP era la propia derecha quien había contribuido a ello en forma a la vez involuntaria y decisiva, al sobrevalorar las posibilidades electorales de Alessandri. Pero lo más grave era su desconfianza en la capacidad de estadista de Salvador Allende, la que se vería confirmada muy pronto, y su convicción de que las grandes realizaciones de su gobierno, quizás el más dinámico del siglo XX, serían radicalmente modificadas o drásticamente eliminadas. Eduardo Frei, cuya vida había estado dedicada en forma íntegra al engrandecimiento de Chile, temía lo peor, y los meses que transcurrieron entre la elección presidencial y la entrega del mando fueron para él muy amargos.

La Unidad Popular y el golpe militar

Poco tiempo se mantuvo Eduardo Frei al margen de la política. El régimen de la Unidad Popular realizó una estrategia doble (quizás más allá de la voluntad de Allende). Un sector estaba por la transición al socialismo respetando —al menos relativamente— la legalidad "burguesa" tal como se había estipulado en el Estatuto de Garantías Democráticas. Pero otro sector, que se fue fortaleciendo en la medida que el primer camino se encontró con obstáculos y la oposición de los grupos sociales medios se hizo más decidida, estaba por el camino leninista y, de ser posible, la toma violenta del poder.

Frei, la figura política de más peso de la oposición, era una carta fundamental en un escenario de enfrentamiento que se hacía cada vez más enconado. La derrota de Tomic afirmó su posición dentro del PDC y la opinión pública estaba pendiente de su conducta. El ex Presidente, después de dudar si tomaba una dura posición opositora o se mantenía al margen, tres días antes

de las elecciones municipales de marzo de 1971, pronunció un discurso francamente contrario al gobierno de Allende. La orientación que tomaba la Unidad Popular lo había decidido. En las elecciones, la UP consiguió el 50% de los votos, pero el prestigio de Frei se vio confirmado al obtener su hija Carmen la primera mayoría en Santiago. Durante el resto de ese año una serie de sucesos agriaron más la relación del ex Presidente con el gobierno de Salvador Allende. Vio como desde el gobierno se planificaba y se llevaba adelante —aunque con limitado éxito— una nueva ruptura del Partido Demócrata Cristiano, al escindirse en 1971 un segundo grupo, la llamada Izquierda Cristiana. Su ex ministro y amigo Edmundo Pérez Zujovic fue asesinado en el mes de junio por un comando de extrema izquierda. No era posible responsabilizar al gobierno por el hecho, pero sí al ambiente de odio de clases que había generado.

En 1972 la participación de Frei en la oposición al régimen socialista se acentuó. Quizás lo fundamental en su dura toma de posición fue observar como se imponía la línea que estaba por la revolución violenta y colapsaba la economía al fracasar el plan Vuskovic. Con valor y claridad Frei denunció que las políticas de la UP llevaban al desastre económico, al caos social y a una salida política extremadamente dolorosa. Denostado por la prensa oficialista, mantuvo su inalterable posición de toda una vida en defensa de los valores democráticos que veía amenazados.

En las elecciones parlamentarias de 1973, Frei decidió aceptar la candidatura a senador por Santiago donde debía medirse con los principales líderes de la izquierda y la derecha, con la cual la Democracia Cristiana, forzada por las circunstancias, había hecho un pacto electoral denominado Confederación de Partidos por la Democracia (CODE). Se impuso con la primera mayoría nacional. Convertido en símbolo de la defensa de la democracia fue elegido presidente del Senado con lo que asumió, ahora formalmente, un papel rector en la oposición al gobierno socialista.

La extrema radicalización y el progresivo caos social en que había caído el país continuó durante 1973. Frei tenía muy claro que, de continuar esa progresión, un enfrentamiento armado final

era inevitable. En conversaciones con otro actor que vivía dolorosamente el drama de Chile, el cardenal Raúl Silva Henríquez, y otras personalidades, el ex Presidente manifestó su voluntad de intentar todo lo que fuese posible para salvar la amenazada democracia chilena, pero oponerse también, a todo trance, al camino revolucionario de corte leninista que se estaba imponiendo dentro de la coalición gobernante.

El triunfo de la oposición en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 no fue de la magnitud esperada, al no alcanzar ésta los dos tercios necesarios para deponer constitucionalmente al Presidente Allende. A pesar de tener a la mayoría del país en su contra, el gobierno se empecinó en llevar adelante su programa, el que, por lo demás, se veía continuamente sobrepasado de hecho por grupos tan significativos como la fracción mayoritaria del Partido Socialista, en el que militaba Allende. La integración de las Fuerzas Armadas al gobierno, tras el paro nacional de octubre de 1972, tampoco estabilizó la situación. Por el contrario, introdujo un nuevo factor de distorsión en el ya complejo panorama político existente, al entregarle poder a un actor cuyo verdadero pensamiento era radicalmente opuesto al ideario de las fuerzas de gobierno y que se caracterizaba por un profundo resentimiento en contra de la izquierda marxista, de la política en general y de los partidos, a quienes responsabilizaba del estado de desorden en que se encontraba el país.

El ingreso de las Fuerzas Armadas al gobierno fue mal mirado por el sector radicalizado de la UP que —con razón— no confiaba en ese apoyo, el que de hecho se reducía a la posición profesional de algunos generales y almirantes que adherían a la Doctrina Schneider. El resto de los uniformados creían —también con razón— que estaban siendo utilizados. La situación continuó deteriorándose.

La opinión —lapidaria— de Frei sobre la Unidad Popular en ese último año de su gestión de gobierno, la entrega —incidentalmente— como un capítulo del libro *Un mundo nuevo*, que contiene la respuesta a una larga carta que le enviara Javier Lagarrigue en mayo de 1973.

Se produjo finalmente el golpe militar del 11 de septiembre de 1973 y la caída del gobierno de la Unidad Popular. Frei fue claro para señalar este hecho como resultado irremediable de una situación insostenible; por lo demás tenía buena opinión de los militares y varios de sus ex edecanes, entre ellos el general Bonilla, le tenían admiración y afecto. Así le escribió al presidente de la Unión Mundial Demócrata Cristiana, Mariano Rumor, señalándole la necesidad de comprender lo sucedido en su contexto. También le hacía ver la opinión idealizada que se tenía en el extranjero de lo que había sido el gobierno de la Unidad Popular. Su opinión sobre dicho gobierno la entregó asimismo en el prólogo al libro de Genaro Arriagada, *De la vía chilena a la vía insurreccional*. No ocultó por lo anterior su falta de simpatía hacia el gobierno militar, cuya primera manifestación se dio en el Tedéum del 18 de septiembre de ese año, siete días después del golpe y al cual asistió debido a una petición del Cardenal Silva Henríquez, quien le manifestó textualmente: "No me puede dejar solo". Una persona de la trayectoria de Frei no podía considerar un golpe armado sino como un suceso doloroso y trágico. En respuesta a su falta de entusiasmo por lo ocurrido fue criticado por los uniformados.

Pero lo que más lo afectó en los meses que siguieron al golpe fue comprobar que éste no se había dado para restaurar la democracia, como se dijera los primeros días, sino que se pretendía acabar con ella de manera definitiva. La cruel persecución de toda oposición y las violaciones de los derechos humanos en los primeros meses del régimen castrense decidieron su actitud. Opositor fervoroso al gobierno de Allende se vio enfrentado de nuevo a la posibilidad de transformarse en la figura clave de la oposición a la dictadura, que ya en 1974 estaba estructurada. No obstante lo anterior, guardó una actitud de cautela en espera que dentro de las propias Fuerzas Armadas surgiera un tendencia democratizante. La entronización como jefe de Estado de Augusto Pinochet, ya clara a comienzos de 1975, y el predominio de ideólogos derechistas como sus consejeros más cercanos, lo desengañaron. Así, su oposición a la dictadura se fue acentuando

a medida que pasaba el tiempo y el retorno a la democracia se alejaba. En un escrito que publicara en aquellos años, "Cartas de Lord Chesterfield a su hijo", decía: "...desconfía, hijo mío, en que un pueblo pueda alcanzar su felicidad si comienza a bambolear de un extremo a otro, sin mesura ni buen sentido".

De este modo, Frei , quien había sido una figura pública que marchó de éxito en éxito en las décadas de 1950 y 1960, se vio enfrentado a un nuevo y más largo período de frustración y dolor. Nuevamente se le atacaba masiva y duramente —hasta Pinochet lo llamó públicamente Kerensky— ahora sin que pudiera defenderse. Veía cómo banderas por las que había luchado toda su vida —en particular la democracia en todo lo que ella significa— eran pisoteadas y escarnecidas, el Partido Demócrata Cristiano declarado en receso, muchos de sus amigos y correligionarios, Jaime Castillo, Renán Fuentealba, Bernardo Leighton y otros, exiliados. Y en el caso de este último, atacado violentamente con intenciones asesinas. También le dolió que varios de sus ex ministros o altos funcionarios de su gobierno se convirtieran en incondicionales del régimen militar.

Dificiles dias. La mano del destino

Frei permaneció ahora por bastante tiempo forzosamente alejado de la política activa. En 1976 el gobierno militar, en un afán de buscar legitimidad, lo invitó a integrase al fantasmal Consejo de Estado, un organismo sin ningún poder real que se había creado. Negándose a ser utilizado y ante la persecución a los demócrata cristianos, rechazó el nombramiento, lo que le valió una ácida polémica con otro ex Presidente de la República, Jorge Alessandri, que sí había aceptado integrarlo, creyendo poder influir efectivamente en la marcha del país. Después se desengañaría.

En 1977 se decretó la disolución del Partido Demócrata Cristiano y sus bienes fueron confiscados.

Su retorno a la vida privada le permitió a Frei volver a escribir. Varias de sus obras se publicaron en estos años: en 1975, *El*

mandato de la historia y las exigencias del porvenir y, en 1977, *América Latina. Opción y Esperanza.* Este último es un libro de bastantes pretensiones y que está dividido en tres partes. La primera de ellas es una teorización docta pero algo confusa sobre humanismo y democracia y estructurada a partir de opiniones de grandes autores europeos como Toynbee, R. Garaudy, Solzhenitsyn, Maritain y otros. Frei hace aquí algunas profecías que muy pronto se revelarían fallidas, como la afirmación de que el liberalismo jamás sería capaz de derrotar al marxismo. Lo más débil de esta sección del libro es, posiblemente, el intento de formular una receta política aplicable a escala planetaria a partir de la fe cristiana sin tomar en cuenta lo difícil que sería su aplicación en civilizaciones basadas en identidades religiosas diferentes.

Sin embargo, las partes segunda y tercera de *América Latina. Opción y Esperanza,* referidas específicamente a la región latinoamericana y su futuro, son sólidas y a veces brillantes. En ellas se demuestra nuevamente lo bien informado que estaba Frei, característica que se reafirmaba con fuerza en su madurez.

Ese mismo año 1977 publicó *Futura institucionalidad de la paz en Chile* y, finalmente, en 1981, *El Mensaje Humanista,* obra de tono ético, en buena medida una glosa del pensamiento de Juan Pablo II sobre temas políticos y sociales. El libro refleja cómo el catolicismo siguió siendo la raíz del pensamiento de Frei hasta el final.

Algunos de estos libros, tal como había sucedido con varias de sus obras anteriores, fueron traducidos a otros idiomas.

Frei se mantenía en contacto no sólo con políticos sino también con intelectuales, con jóvenes y con chilenos de las más diversas condiciones. Con todos sabía hablar, a todos daba su opinión siempre inteligente, profunda e informada.

En 1977, fue designado miembro de una comisión de alto nivel internacional encabezada por Willy Brandt, ex Primer Ministro de Alemania Federal e integrada, entre otras personalidades, por Edward Heath, ex Primer Ministro conservador de Gran Bretaña, Olaf Palme, ex Primer Ministro socialista de Suecia, señal clara de la estimación que se le tenía entre los líderes

mundiales. Después de más de dos años de estudios y trabajos la comisión emitió un informe sobre los problemas internacionales ligados al desarrollo y las relaciones entre los países desarrollados y subdesarrollados. El informe se conoció en Chile con el título *Norte-sur, un programa para la supervivencia*, en la forma de un libro editado en Colombia, pero con el copatrocinio de la editorial chilena Aconcagua.

La última participación destacada de Eduardo Frei Montalva en la vida política chilena fue el rol que jugó en el plebiscito al que convocó el gobierno militar en 1980 para hacer aprobar la Constitución que comenzaría a regir desde ese mismo año. En la versión que se presentó ante la nación chilena, se trataba de un texto que consagraba una institucionalidad fuertemente autoritaria bajo la fórmula de una "democracia protegida". Además, entregaba a Pinochet la facultad para gobernar dictatorialmente hasta 1989 y, dentro de una democracia restringida, eventualmente hasta 1997. El plebiscito se debería realizar —y así ocurrió— sin registros electorales y con un virtual monopolio informativo por parte del régimen.

La Democracia Cristiana, toda la oposición y en particular Frei —que se encontraba en el extranjero cuando el gobierno súbitamente llamó a plebiscito— no podían estar de acuerdo con la forma y el fondo de la iniciativa del gobierno. De regreso en el país, siempre cerebral, Frei dudó de comprometerse en una lucha que veía perdida desde un principio. Sin embargo, largas conversaciones con amigos y figuras del mundo político lo llevaron a jugarse contra la estrategia de Pinochet. Sería un gesto que facilitaría considerablemente el retorno a la democracia ocho años después. Habiéndose abierto una brecha temporal al receso político, dio su opinión e incluso pronunció su último gran discurso en una reunión en el Teatro Caupolicán, que el gobierno militar había autorizado en su afán de dar una apariencia de legitimidad al acto plebiscitario. Eduardo Frei desafió a Pinochet a un debate público televisado frente a todo Chile sobre el tema que se sometía a consulta. El astuto general no respondió al reto.

Realizado en condiciones que impedían la libre expresión de las fuerzas políticas y sociales de Chile, el plebiscito obviamente fue ganado por el gobierno militar, el que poco después procedió a expulsar del país a Andrés Zaldívar, presidente de la DC, por poner en duda la limpieza del acto plebiscitario. Distinto fue el resultado del otro plebiscito, el de 1988, realizado con corrección y una cierta libertad de prensa: allí el gobierno militar fue el derrotado. Pero Frei no alcanzaría a verlo.

¿Tenía todavía ambiciones y futuro político Frei? Sin duda, toda la oposición, incluso posiblemente gran parte de los simpatizantes de la ex unidad Popular, que habían hecho una dolorosa autocrítica de su fracaso, lo miraban como la figura clave en una eventual transición a la democracia. Era la personalidad más temida por la dictadura. El, por su parte, estaba consciente de su rol y con seguridad hubiera aceptado representar ese papel clave. Pero el destino no lo permitiría.

La muerte de Eduardo Frei se produjo de manera repentina e imprevista. Padeciendo de una hernia al hiato, a fines de 1981 fue internado para ser sometido a una intervención quirúrgica, sin mayor gravedad, en la Clínica Santa María de Santiago. Fuera de esa dolencia —como lo demuestra un examen médico que se realizara en Estados Unidos un año antes— su salud era excelente a los setenta y un años. Amigos le aconsejaron operarse fuera de Chile y varios médicos se manifestaron dudosos de la necesidad de la operación, pero sus molestias para dormir eran muchas y decidió someterse a la cirugía. Tras la intervención quedó aparentemente bien, incluso fue conducido de regreso a su casa, pero entonces, extrañamente, una tras otra sobrevinieron las complicaciones y su estado se fue agravando ante la consternación de familiares, amigos y seguidores. El 22 de enero de 1982 falleció. No llegó a ver el restablecimiento de la democracia en Chile, a la cual había consagrado su vida.

Pese a la oposición de la familia y de los demócrata cristianos el gobierno militar se empeñó en hacerle funerales oficiales. Una vez terminado el acto con las autoridades, al que sólo asistió por parte de la familia su hijo Eduardo, el pueblo de Santiago y de

muchos lugares de Chile, en larga fila que se prolongó por días en la Catedral de Santiago, le manifestó su afecto y respeto.

Sus funerales, a los que asistió y en los que habló su amigo, Rafael Caldera, entonces ex Presidente de Venezuela y que volvería a ocupar dicho cargo años más tarde, constituyeron un masivo homenaje de la nación chilena al líder que desaparecía en un momento en que su aporte seguía siendo indispensable.